

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

FEBRERO DE 1936

AÑO VI

BUENOS AIRES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 101

LECTURE 1

MECHANICS

CHAPTER 1

INTRODUCTION

1.1

1.2

1.3

1.4

1.5

1.6

1.7

1.8

1.9

1.10

1.11

1.12



S U M A R I O

A L D O U S H U X L E Y
*NOTAS ACTUALES SOBRE LA "SO-
CIOLOGIA GENERALE" DE PARETO*

E R N E S T O P A L A C I O
*LOS GRACOS O EL ADVENIMIENTO
DE LA PLUTOCRACIA ROMANA*

V I R G I N I A W O O L F
*UN CUARTO PROPIO
(Capítulo IV)*

L O U I S O L L I V I E R
LA REVOLUCION DEL ORDEN

N O T A S

*"El Buque", por Pedro Henríquez Ureña; Bach y la música de hoy,
por Juan Carlos Paz; Influencia del modo en la
composición musical, por H. Siccardi.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE 10

STATISTICAL MECHANICS

PROBLEMS



NOTAS ACTUALES SOBRE LA "SOCIOLOGIA GENERALE" DE PARETO

El hambre y la sed de racionalidad son por lo menos tan características del alma humana como el hambre y la sed de justicia. Los hombres tienen tan vivo deseo de comprender como de conducirse bien... o, al menos, de que los demás crean que se conducen bien. Vivir en un mundo que no tenga sentido les es intolerable. Sienten la necesidad abrumadora de explicar el universo y explicarse a sí mismos, dentro de él. Pero mientras el hambre y la sed de justicia encuentran satisfacción (siquiera en teoría) en cosas como los Diez Mandamientos, las Nueve Bienaventuranzas, los Ocho Caminos, el hambre y la sed de racionalidad nunca pueden aplacarse totalmente si no es por la Unidad. La ambición del hombre es explicarlo todo de acuerdo con un solo principio, reducir la desconcertante diversidad de los fenómenos a Unidad intelectual. Quizá la ciencia acabe por lograr de hecho la unificación

completa de la diversidad. Es posible, es acaso moderadamente probable que todos los fenómenos consientan en dejarse interpretar conforme a un único principio explicativo. Pero esa edad de oro de la ciencia en que lo Uno ha de reinar, por derecho de conquista experimental y lógica, sobre el reino entero del pensamiento humano, está todavía lejos en el futuro. Por ahora, los hombres de ciencia difícilmente pueden tener la esperanza de arreglárselas mejor que los moralistas, con sus Ocho Caminos y sus Diez Mandamientos. Sólo muy recientemente se ha unificado en la teoría, por ejemplo, la diversidad de fenómenos tan íntimamente relacionados como los que los físicos y los químicos estudian. Quedan aún por salvar los abismos que separan dominios más alejados. No hay una hipótesis satisfactoria y viable que reúna, por ejemplo, los fenómenos de la estética con los de la estructura atómica. El hombre de ciencia concienzudo debe admitir que el mundo es demasiado complicado para él y que, en el estado actual del conocimiento, debe contentarse con llevar a cabo una serie de unificaciones parciales dentro de universos-islas del raciocinio. En otras palabras: ve que, por el momento, lo mejor es explicar los fenómenos de acuerdo con varios principios que no tienen entre sí conexión muy evidente.

Pero el número de hombres de ciencia concienzudos es y ha sido siempre extraordinariamente escaso. Empujados por

el hambre devoradora, por la sed ardiente de racionalidad, los hombres han impuesto arbitrariamente a la diversidad fenoménica una u otra unidad intelectual. En cualquier historia de la religión o de la filosofía, en cualquier manual de antropología, puede leerse el relato de estos esfuerzos, violentos y científicamente injustificables, de reducir lo múltiple a lo uno. Aquí vamos a considerar sólo la reducida pero muy importante clase de fenómenos rotulados, desde los tiempos de Auguste Comte, con el nombre de “sociológicos”. ¿De acuerdo con qué principio han sido reducidos a unidad comprensible? Aterrados por la complejidad de su tema, muchos sociólogos se han contentado con describirlos, sin hacer ninguna tentativa de explicarlo. El primero de estos naturalistas sobre el terreno fué el francés Le Play, y ha tenido muchos sucesores... Charles Booth, por ejemplo, en Inglaterra, y, más recientemente, los Lynds en Estados Unidos, con una hueste de muchos más. La obra hecha por éstos sociólogos sobre el terreno es de gran valor. Es importante saber cómo las gentes piensan, sienten y se conducen en un momento determinado; libros como *Ouvriers Européens* de Le Play, *Life and labour of the poeple* de Booth y *Middletown* de Lynds contribuyeron mucho a mejorar ese conocimiento, por lo menos con relación a localidades particulares y clases sociales particulares.

Pero la mera descripción de fenómenos no es ciencia, y

sólo puede convertirse en ciencia si se somete a un proceso de unificación intelectual completa o parcial en términos de hipótesis viable. En el caso de la sociología, además, tal descripción no puede servir por sí sola ni siquiera como materia prima. Porque un investigador sobre el terreno sólo puede observar determinadas gentes, y en un momento determinado. Pero las sociedades persisten a través del tiempo y sufren cambios sorprendentes. Así, una descripción de la conducta de los habitantes de París en 1913 podría ser completa y exacta, pero nos ayudaría muy poco a estimar la conducta de los parisienses en 1917. Además, la obra del investigador sobre el terreno se ha limitado hasta ahora a observar miembros ordinarios de la comunidad. Pero es evidente que la conducta de la comunidad como un todo depende en muy gran medida de la conducta de sus miembros excepcionales. Un examen exhaustivo de una ciudad alemana de feria dirá muy poco sobre el curso probable de la conducta del pueblo alemán en conjunto. Para formarnos una idea adecuada sobre este punto, tendríamos que observar la conducta de Hitler, Goering, Goebbels y unos pocos centenares más de las clases gobernantes. Desgraciadamente, los gobernantes no incitan a los investigadores sobre el terreno a que se les utilice como muestras. En la práctica, sólo cuando han muerto los miembros excepcionales de una sociedad es cuando pueden ser sometidos a la observación

científica. La moraleja es clara: los sociólogos, si quieren pensar científicamente, deben ser también historiadores. La labor sobre el terreno, por completa que sea, no es bastante.

Consideremos ahora a los sociólogos que no sólo procuran describir, sino también explicar. En la mayoría de ellos, el hambre y la sed de racionalidad han producido sus efectos acostumbrados. Han insistido en reducir la Multiplicidad desconcertante a la Unidad bellamente comprensible, sin tener en cuenta que los fenómenos no toleraban tan enérgica simplificación. Esos devotos de la Unidad pueden dividirse en dos clases principales: los que explican todos los fenómenos sociales de acuerdo con algún principio trascendental y los que los explican de acuerdo con algo observable. Como ejemplos de la primera clase, podemos mencionar a Bossuet y Benjamín Kidd. Para Bossuet, el principio explicativo era la Divina Providencia. Kidd, que escribió dos siglos más tarde que Bossuet, tenía que dar a su agente sobrenatural un nombre más moderno, un nombre evolucionista. Se quejaba de Darwin, que no había hecho ningún intento de enlazar los fenómenos de la vida social “con algún principio más amplio del proceso evolutivo que evidentemente debe dominarlos”. Este “evidentemente debe” es síntoma de una fe conmovedora. De esta fe, Kidd sacó gran número de leyes sociológicas que presiden los destinos humanos como otros tantos ángeles de la guarda, a quienes,

en verdad, se parecen en todo, salvo en su pseudocientífico nombre.

De los sociólogos no trascendentales, sólo necesito mencionar algunos: Buckle, por ejemplo, que creía que todos los cambios sociales se deben a cambios de la actividad intelectual; Tarde, para quien lo Uno era — cosa bastante sorprendente — la imitación; Durckheim, con su teoría de las representaciones colectivas; los freudianos, que interpretan la historia en términos de sexualidad reprimida, y los adlerianos, que la interpretan en términos de voluntad de poderío; y, por último, Marx, cuya teoría, más popular ahora que ninguna otra, dice que toda conducta de los hombres en las sociedades puede explicarse, en última instancia, en términos de causas económicas.

Ahora bien: el defecto de todas estas teorías es que son demasiado sencillas. Los fenómenos sociológicos son inmensamente complejos y variados. En el estado actual de nuestros conocimientos, es imposible reducir su multiplicidad a unidad intelectual sin sujetar los hechos al procedimiento pro-custiano de rebanarlos y estirarlos. Si somos concienzudos, debemos admitir que en sociología, como en la ciencia en general, la unificación teórica absoluta es cosa que todavía no podemos alcanzar. Debemos contentarnos con formular nuestra primera y tosca explicación de la conducta social, no de acuerdo con un principio, sino de acuerdo con varios principios.

El gran mérito de Vilfredo Pareto es haber resistido a las dos tentaciones opuestas que asaltan al sociólogo: por una parte, la tentación de describir, simplemente, sin tratar de explicar; y por otra, la de explicarlo todo en términos de un único principio. Se dió cuenta de que, por lo menos en el actual estado del conocimiento, la persecución de la Unidad sociológica era una quimera absurda, y que si hay que descubrir uniformidades en la extravagante diversidad de la conducta humana en sociedad, deben buscarse simultáneamente en varios planos distintos de la realidad. Porque es evidente que los hombres son seres múltiples y pueden representar muchos papeles en rápida sucesión y aun en un mismo momento. Lo que Pareto hace es escoger los más comunes y significativos de estos papeles y mostrar cuándo y por qué son representados y cómo reaccionan los unos frente a los otros.

Empieza por una clasificación. Los papeles socialmente significativos de los seres humanos se dividen en tres clases principales: primero, los diversos papeles puramente racionales que los hombres representan cuando se entregan a investigaciones científicas o técnicas; segundo, los papeles que desempeñan en su función de seres instintivos y emocionales; y, en tercer lugar, los papeles que desempeñan cuando hacen de “pensadores”... en otras palabras, cuando se ocupan de racionalizar las acciones a que han sido empujados por sus ins-

tintos y emociones. Pareto llama “lógico-experimentales” las actividades de la primera clase; da a las de la segunda el nombre de “residuos” (porque las emociones y los instintos son lo que queda cuando se desechan las racionalizaciones especiosas de acuerdo con las cuales han sido explicados); a las de la tercera las llama “derivaciones” (porque derivan de las emociones y de los instintos y, separadas de ellos, no tienen sentido). El tiempo que los hombres gastan en representar papeles de la primera clase es escaso, y es muy raro que el experimentalista lógico, en un ser humano, proponga los fines que este ser humano persigue. En general, dichos fines los propone la persona instintiva y emocional; la labor del experimentalista lógico es hallar medios apropiados para poner en práctica tales fines. En muchos casos, sin embargo, la persona instintiva y emocional no le permite ni siquiera hacer esto. Pero los instintos y las emociones no se imponen sin disfraz. El hambre y la sed de racionalidad son rasgos humanos fundamentales... Los residuos visten el traje de fantasía de derivaciones, y los hombres, prestando atención sólo al traje de fantasía, se persuaden de que están representando de acuerdo con los dictados de la razón. En realidad, naturalmente, están representando de acuerdo con los dictados del instinto y del sentimiento, e inventando derivaciones pseudo-lógicas después de ocurridos los hechos para justificar sus acciones. A los seres

humanos, en las sociedades, las derivaciones les parecen de extraordinaria importancia, pero en realidad no tienen importancia. El estudio de la historia demuestra que los mismos residuos pueden racionalizarse de acuerdo con derivaciones distintas y que un cambio de derivación tiene poco efecto, o a veces ninguno, sobre los residuos.

Pareto divide los residuos socialmente significativos en seis clases. A quienes estén acostumbrados a pensar de acuerdo con las categorías empleadas por psicólogos y moralistas, la lista de estas clases les parecerá algo extraña. Pero debemos recordar que a Pareto le interesaba únicamente el funcionamiento de la sociedad, y que, por consiguiente, era necesario para él clasificar las tendencias humanas dentro de las categorías más convenientes a su propósito sociológico. Quienquiera lo desee puede traducir fácilmente los hechos de la clasificación de Pareto al lenguaje, más familiar, de los psicólogos y moralistas.

Pareto comienza con el “instinto de combinaciones”, o tendencia a combinar cosas y actos, ya sea en la esperanza de realizar un fin o sólo por el gusto de combinarlos. Tal combinación puede ser, ya racional, como sucede con el hombre de ciencia, el técnico, el empresario, o bien irracional, como sucede con los que ejecutan absurdos y complicados actos de superstición. En la práctica, los hombres están haciendo constante-

mente combinaciones que son al mismo tiempo racionales e irracionales.

Una vez hechas, ciertas combinaciones persisten como hábitos fuertemente teñidos de sentimiento. Los residuos de la segunda clase son tendencias a mantener intactas estas combinaciones: tendencias, en la fraseología de Pareto, a favorecer la “persistencia de conglomerados”. Tales residuos son a la vez los aliados y los enemigos de los residuos de la primera clase: aliados en cuanto tienden a dar importancia a las combinaciones como tales combinaciones; enemigos en cuanto hacen resistencia a la desintegración de combinaciones viejas y se oponen a la formación de otras nuevas. Los residuos de esta clase son responsables de la mayor parte de los fenómenos de conservadorismo político y religioso, de la fe fanática que pone a los hombres en aptitud de matar y morir por sus opiniones, por muy grotescas que estas opiniones sean y por perjudiciales que resulten para los que las sostienen. En las comunidades modernas, señala Pareto, la gente en que el instinto de combinaciones es fuerte tiende a elevarse en la escala social y a convertirse en miembros de la clase gobernante. Residuos de la segunda clase se encuentran principalmente en las capas bajas de la sociedad. En comunidades de tipo militar y teocrático, la persistencia de conglomerados es más importante que el instinto de combinaciones, y los hombres que tienen el poder tien-

den a distinguirse por la posesión de fuertes residuos de la segunda clase. En ambos casos, los residuos predominantes pueden ser indebidamente poderosos y de esta manera pueden llevar a la destrucción de quienes los poseen. Así, una clase gobernante de tipo moderno puede llegar a tener tan poca "fe" (es decir, tan poco interés en mantener conglomerados), que se resistirá a emplear fuerza y voluntad e imaginará que todo puede lograrse haciendo una serie de combinaciones más o menos racional. Cuando esto sucede, son derrocados por aquellos en quienes predominan los residuos de la segunda clase, que tienen "fe" y están prontos a matar y a morir. Esto ocurrió durante la Revolución francesa y, en nuestros días, durante la revolución nazi, cuando los gobernantes escépticos y por tanto inmensamente tolerantes de la República de Weimar permitieron que los camisas pardas los desposeyeran y asesinaran con dócil mansedumbre de corderos.

Un peligro opuesto acecha a los gobernantes en quienes predominan los residuos de la segunda clase. Su enérgica "fe" los arrastra a empresas guerreras en que pueden ser exterminados más o menos completamente. Algo parecido sucedió en las Cruzadas. El gobierno idealmente estable es aquel en que los hombres en quienes predominan los residuos de la segunda clase utilizan a ingeniosos políticos, hombres de ciencia, técni-

cos, financieros y demás, cuyo punto fuerte es su instinto de combinaciones.

Los hombres tienen la tendencia de expresar toda emoción intensa con la acción: acción que muy a menudo no tiene relación lógica o utilitaria con las emociones. En esto, naturalmente, los hombres se parecen a otros animales. No hay ninguna *razón* para que el perro menee la cola al ver a su dueño, y análogamente no hay *razón* para que en ciertas reuniones religiosas, en los *revivals*, los hombres aúllen, bailen, lloren y se revuelquen por el suelo, al imaginarse que están en presencia de su Dios. Lo único que hay es que, de hecho, perros y hombres ejecutan tales actos. La tendencia a ejecutarlos es el tercer residuo de Pareto.

En la cuarta clase hallamos los residuos de sociabilidad. Estos se manifiestan de diversos modos: en la urgencia de formar grupos, en el ansia de ser como cualquier otro, en el deseo de imponer uniformidad a los demás, en el desagrado hacia las innovaciones hechas con la intención de romper la uniformidad social prevaleciente, en el sentimiento de la posición social jerárquica, en el anhelo de la aprobación de nuestros semejantes. Bajo este encabezamiento, Pareto incluye también la tendencia, observada entre ciertos miembros de casi todas las sociedades humanas, a la práctica del ascetismo.

Los residuos de la quinta clase son los que tienen que hacer

con “la integridad del individuo”. Todo individuo, dentro de una sociedad, tiene cierta noción de sus relaciones con otros individuos y con la comunidad en general. Cuando se trastornan estas relaciones “correctas”, siente una congoja más o menos aguda y procura, real o simbólicamente, restablecer el equilibrio.

La sexta y última clase de residuos consiste en las diversas manifestaciones del instinto sexual.

Hasta aquí los residuos — las seis constantes psicológicas (a las cuales se deben añadir las “derivaciones” y la actividad lógico-experimental en persecución de fines determinados) de acuerdo con los cuales Pareto trata de interpretar la conducta de los hombres en las sociedades. Resumida inadecuadamente, como tenía que ser en este breve artículo, la clasificación de Pareto puede parecer escolástica y bizantina. Pero en realidad, Pareto no era un mero sistemático que se divertiera encasillando cosas por el gusto de encasillarlas. Era un hombre de extraordinaria sabiduría que se encontró incapaz de organizar su saber con ninguna hipótesis viable menos compleja que la que figura en su Tratado. Desgraciadamente, sus facultades eran más científicas que literarias. Su “método inductivo”, como observa con tristeza su alumno G. H. Bousquet, “consiste, ante todo, en no indicar nunca la meta a la cual se encamina; los mismos puntos están tratados en una docena de pasajes

distintos, y con tal abundancia de pruebas que el hilo del razonamiento parece perderse a menudo y el lector acaba por dudar de cuál es realmente el carácter del libro: analítico o sintético”. Bousquet sigue diciéndonos que cuando le llamó la atención a Pareto sobre estos defectos en la forma de su gran libro — defectos que naturalmente tendían a limitar el número de sus lectores — Pareto contestó sencillamente que no tenía “pretensiones didácticas”. Frase deliciosa — especialmente en labios de un profesor universitario. ¡Y qué profundamente simpático como *humor*, en el sentido que Ben Jonson dió a la palabra, es este extraño viejo sabio, con la cara de Confucio y el humorismo feroz de Voltaire! Pareto, si lo hubiéramos conocido, habría sido con seguridad uno de nuestros Personajes Favoritos de novela. Esa ¡ay! es precisamente la razón de que su gran libro sea tan extraordinariamente difícil de leer. Porque ¿cómo podría un mandarín que consideraba a la mayor parte de sus lectores en potencia como tontos invenciblemente ignorantes, desear siquiera hacerse fácilmente comprensible? Pero a pesar de todo, el libro debería leerse. Porque, como dice Bousquet con mucha razón, creo yo, “es uno de esos monumentos que honran al intelecto humano”. ¡Qué admirablemente sólida, por ejemplo, es la crítica de Pareto a la idea de “causas” en Historia! ¡Y cuán eficazmente ilustra ese sistema múltiple de acciones y reacciones mediante el cual, en rea-

lidad, están enlazados los acontecimientos! ¡Con qué absoluto y refrescante anti-misticismo investiga el problema de los ciclos y retornos! ¡Qué cosas excelentes dice sobre la heterogeneidad de las clases sociales y la “circulación de las élites”! ¡Cuán sutilmente distingue entre la “utilidad *de* una sociedad” y la “utilidad *para* una sociedad”! Y sus comentarios sobre las distintas “derivaciones”, religiosas, políticas, metafísicas, de acuerdo con las cuales los hombres han procurado racionalizar sus acciones ¡cuán penetrantes y, al mismo tiempo, cuán ricamente cómicos! Pareto, como ya he anotado, tenía un fuerte sentido de lo grotesco y gozaba tanto como cualquier otro riendo, con una risa tranquila, aunque más bien feroz. Tal vez gozaba más que la mayor parte de los hombres, porque me siento tentado de creer que no era sólo la pasión por la verdad científica lo que le sostenía en su gigantesca labor; sospecho que también por el placer de reír sardónicamente, se abrió camino a través de las bibliotecas y colecciones de periódicos contemporáneos en busca de los documentos que ilustran tan copiosamente sus teorías. Para él, como para Flaubert, la *bêtise humaine* era una fuente de furia y placer mezclados. Infinitamente aterrado e infinitamente divertido por la estupidez sin fondo de sus semejantes, Flaubert se pasó siete años recogiendo material para su grande y — por desgracia — inconclusa epopeya de la imbecilidad humana, *Bouvard et Pécuc-*

chet. Creo que a Pareto le movía esta misma extraña pasión; su Tratado es un museo de estupideces más vasto aún que la cámara de horrores de Flaubert. Pareto recorre la monstruosa exhibición haciendo secos comentarios ocasionales que revelan la intensidad de su torturante deleite en el espectáculo. A pesar de todo el placer intelectual que nos proporciona su erudición científicamente organizada, a pesar de que muchas veces nos hace reír, el Tratado es un libro en extremo deprimente. Porque ¡ay! la verdad acerca de las sociedades humanas es deprimente, y Pareto pensó que su deber de hombre de ciencia era no hacer comentarios éticos, no formular ideales. Su libro es simplemente una teoría de la conducta observada de los hombres, ilustrada con ejemplos específicos de esa conducta. No se hace nunca una sugestión consoladora de cómo los hombres deberían conducirse. El lector queda libre para moralizar e idealizar por su cuenta: es un trabajo “para todo el día”.

Sanary (Var) enero de 1936.

ALDOUS HUXLEY

Nota. Hasta ahora, el Tratado sólo podía conseguirse en italiano y en francés. Por fin se nos ofrece una versión inglesa. Como confirmado admirador de Pareto (hace ahora diez años desde que por primera vez me abrí camino, con entusiasmo creciente, a través de los densos párrafos del *Trattato*) y en la convicción de que no puede haber un avance permanente hacia un estado social mejor, de que no puede haber progreso racional que no se base en la verdad científica, quisiera expresar mi gratitud a Mr. Arthur Livingston y a sus editores por lo que han hecho para volver más accesible este libro, de tan cardinal importancia.

ESTUDIOS ROMANOS: LOS GRACOS O EL ADVENIMIENTO DE LA PLUTOCRACIA ROMANA

I. *Corrupción social*

Todos los historiadores describen con colores sombríos el panorama de corrupción que presentaba la sociedad romana en los últimos años de la República. Y los escritos de la época, historias y discursos nos comunican el sentimiento dramático de la inminencia del cataclismo social, sentimiento análogo al que debía experimentar el buen "quirite" antiguo, docto en augurios, ante el vuelo adverso de las aves sagradas.

Los romanos que, al decir de Montesquieu conquistaron el mundo "por su virtud", se habían degradado en la opulencia, y no se movían sino por la sed de oro, o la del poder, que lo procuraba. Ni restos de las antiguas costumbres. Por las ambiciones y apetitos en pugna, el Estado sólo subsistía como botín de guerra de las facciones. El sentimiento del bien público, inspirador de noble actividad, estaba agotado, tanto en el patriciado, su custodio natural, como en la clase capitalista y en la plebe. Mientras que los patricios, sin los méritos de sus antecesores, se empeñaban en conservar las mismas prerrogativas, los burgueses pretendían el acceso a las magistraturas para acumular más riquezas. El populacho de la urbe, a su vez, sólo servía para clientela de las facciones y fluctuaba constantemente entre quienes más le arrojaban del saldo de sus banquetes.

Como en todos los períodos de fin de régimen, el único propósito de los aspirantes al poder era el usufructo del poder mismo. Se luchaba por los cargos públicos; pero no para sacrificarse por el bien de los conciudadanos, como en tiempos de un Valerio Públicola, de un Cincinato, de un Tiberio Graco, sino para gozar de las ventajas pecuniarias inherentes a la posesión de las sillas curules. Sabido es que los "hombres" se traducían en copiosos honorarios.

Los patricios odiaban la demagogia — cuando no se hacían interesadamente demagogos — por el peligro que ella significaba para el goce tranquilo de sus prebendas. Los tribunos de la plebe, por su parte, combatían a los patricios y a los burgueses, ya para lucrar, mediante el magnífico instrumento de extorsión que el poder tribunicio implicaba, ya para sustituirlos. Cónsules, senadores, procónsules, pretores, ediles usaban de sus cargos como de una mercancía que se vendía al mejor postor. La república romana era el paraíso de la concusión y el peculado. Y hasta los tribunales que se establecieron para juzgar esa clase de delitos, funcionarían como medio de provocar la repartija de las riquezas ilegalmente acumuladas por los acusados, entre los mismos jueces. La absolución, con el consiguiente certificado de honorabilidad, también tenía su precio.

El poder corruptor por excelencia es el dinero. El proceso de la decadencia republicana puede definirse como el desconocimiento cada vez mayor de las jerarquías naturales, fundadas en el valor guerrero, en la dedicación al bien público, en la inteligencia y en el honor, mientras subsiste una jerarquía única: la pecuniaria. El espíritu de la burguesía comercial hizo presa en el patriciado romano, antes conquis-

tador y terrateniente. Este fenómeno señala el comienzo de la corrupción general.

Desde entonces, los nobles sólo aspiran a ser ricos, como los burgueses, no a mandar ejércitos; mientras que los capitalistas, maniobrando sus caudales todopoderosos, pretenden participar en los honores de aquéllos, y lo consiguen. Ya no existen Cincinatos que retornen del poder al arado: los de ahora fundan casas de banca e invierten en la usura el dinero del peculado. Las riquezas obtenidas por la rapiña en las magistraturas provinciales, se acrecientan luego en la urbe, mediante préstamos a interés exorbitante. La opulencia de pocos engendra el encono envidioso de la mayoría, hábilmente explotado por los demagogos. Estimulada por tales ejemplos, la plebe — “multitudo... quoe semper regenti est similis”, según la justa sentencia de Tito Livio, — sólo aspira a holgar y a obtener, por medios azarosos e ilícitos, una mudanza de la fortuna.

El poder dominante del dinero supone la relajación de las creencias religiosas, de los vínculos tradicionales, de la moral heredada. En efecto, las altas clases romanas dan el ejemplo de “liberalismo”, para usar una palabra moderna, pero justa. Es decir, que sacrifican todos los principios esenciales del orden social, en aras del orden ficticio fundado en la jerarquía monetaria.

La irreligiosidad cunde, y con ella el abandono del culto debido a los dioses. Ya en tiempos de Catón el Mayor, dice Mommsen, “las santas imágenes comenzaban a adornar las habitaciones de los ricos como simple mobiliario”. Las supersticiones orientales, especialmente caldeas, difundidas por el helenismo, desplazan poco a poco a la religión tradicional en la conciencia de los señores y matronas romanas. Esta

clase "culta" desprecia a sus rudos compatriotas plebeyos y sus creencias vulgares. Se siente "griega": extranjera y superior a su patria.

Paralelamente a este proceso de descastamiento (vaticinado por el austero Censor, cuando afirmó, según Plutarco lo atestigua, que la excesiva difusión de las letras griegas traería aparejada la ruina de la república), se va destruyendo la institución de la familia, en cuya organización religiosa se fundaba sólidamente la sociedad romana. Síntoma de ello fué en primer término la emancipación paulatina de las mujeres, que ya en el siglo II A. J. pretendían poner mano en los asuntos públicos y, según expresión de Catón, "dominar como señoras en el mundo". Se agitaban e influían en los comicios y hasta ocurrió que se les empezara a levantar estatuas, como a los benefactores del Estado. Esa libertad había sido hasta entonces privativa de las cortesanas. Las damas honestas las toman por modelo y van adquiriendo, poco a poco, todos sus hábitos exteriores. Disminuyen los matrimonios, y dentro de éstos la natalidad, porque los hijos son un estorbo para las mujeres "libres". Y el divorcio — que si bien admitido por la ley, no había sido practicado sino por excepción en la Roma antigua y caía bajo severas sanciones morales y sociales, — se convierte en un acontecimiento natural y frecuente.

Como corolario al descastamiento arriba aludido, debemos agregar que el romano había dejado de sentirse bien en su casa. Los ricos emigraban, ya movidos por afanes mercantiles, ya por el mero placer de gozar de sus caudales en medios más refinados, como Grecia o Asia. Este fenómeno del "ausentismo" alcanzó tal intensidad que más tarde César habría de tomar severas medidas para suprimir el mal de raíz.

II. *Equilibrio político*

Todavía en tiempos de Catón el Censor, muerto en el año 149 A. J. se mantenía, sin embargo, ese feliz equilibrio entre aristocracia y democracia que es para Maquiavelo el secreto de la grandeza romana y cuya fragilidad advierte Tácito en el libro IV de sus Anales, cuando afirma que no puede ser duradero: *haud diuturnum esse potest*. Puesto el régimen en peligro por la influencia excesiva del gran Escipión, la acción incansable de aquel incorruptible magistrado logró restablecerlo en su funcionamiento, que habría de prolongarse, sin mayores perturbaciones, durante el espacio de una generación. Hasta el advenimiento de Cayo Graco.

El gobierno del Senado y los cónsules, que constituían un cuerpo aristocrático por la influencia decisiva de los ricos terratenientes en los comicios de centurias, estaba sometido a la fiscalización de la asamblea popular, cuyos tribunos, a partir de la reforma del año 287, tuvieron la facultad de hacer votar leyes obligatorias para todos. Esta facultad tribunicia, en la que cimentó el poder de un Tiberio Graco, podría haber hecho caer inmediatamente a la república en los abismos de la democracia caótica, si no hubiese estado limitada por la existencia de diez tribunos con iguales poderes y, además, el del veto recíproco, de modo que era difícil obtener la unanimidad para hacer pasar una ley manifiestamente mala: la oposición de uno solo de aquéllos bastaba para anularla. El mecanismo democrático resultaba así sobremanera pesado, desde que el soborno de un representante del pueblo por la clase dirigente (hábil en ese género de negociaciones) podía malograr también las mejores iniciativas — el propio Tiberio se vió obligado a atropellar la ley para quebrantar la oposición de su colega Octavio; — pero ase-

guraba las libertades públicas y, por el riguroso régimen de responsabilidad, mantenido mediante las acusaciones a los magistrados salientes, la eficacia gubernativa. En realidad, no obstante las apariencias contrarias, el predominio político siguió estando, durante todo este período, en manos del Senado, que interpretaba todavía las necesidades y aspiraciones del pueblo romano y cuya excelente composición se hallaba asegurada por la forma de elección de sus miembros: ya el acceso mecánico, por el desempeño previo de las magistraturas curules, ya la designación que efectuaban los censores bajo la vigilancia de la opinión pública. Nadie que representara algún valor por sus conocimientos o su experiencia podía ser excluido sin escándalo, salvo la evidencia de tachas graves en el orden moral.

El reclutamiento de los magistrados constituía asimismo una sólida garantía de eficacia. Desde mediados del siglo IV A.J. la opinión se había polarizado en dos grandes partidos: el conservador o de los *optimates* que trataba de mantener en el Estado el predominio de la clase culta y propietaria, y el popular o democrático, que aspiraba a ampliar todo lo posible la intervención del pueblo en el gobierno, mediante el sufragio de la asamblea de las tribus. Obra de este último habían sido sucesivas reformas que culminaron en el relativo equilibrio de poderes obtenido con la aludida constitución del año 287. Si bien desde el año 172, en que por primera vez desempeñaron el consulado dos plebeyos — en vez de un plebeyo y un patricio, como era la costumbre — cualquier ciudadano podía teóricamente optar al desempeño de las funciones públicas, dicha facilidad estaba limitada por condiciones que implicaban una selección escrupulosa del personal político. Era necesario que el candidato a ocupar los cargos electivos hubiese servido diez años en la milicia; que tuviese determinada edad (cuyo límite fue muy bajo, 27 años, desde Catón hasta la reforma de Sila); que postu-

lase personalmente el sufragio de los electores, haciéndose conocer de éstos mediante la actuación en el foro o en el pretorio; y por último, que se iniciase con el desempeño de las magistraturas inferiores, no pudiendo aspirar al consulado sin haber recorrido todo el "cursus honorum", es decir, sucesivamente, la cuestura, la edilidad, la pretura, etc. El cumplimiento de estas condiciones exigía una consagración absoluta al ciudadano que quería intervenir en política, así como aseguraba, por el sucesivo desempeño de cargos diversos, la preparación y la experiencia de aquellos que llegaban a las magistraturas supremas, aunque tuvieran, como ocurría a menudo, poco más de treinta años.

Dicho régimen contribuyó a la formación de una verdadera clase gobernante, que se reclutó principalmente entre los miembros de las antiguas familias, consagradas por tradición al servicio del Estado. La larga estadía en la milicia excluía la puja de los aventureros, deseosos de éxito inmediato; la gratuidad de los honores exigía al postulante la posesión de medios suficientes de subsistencia. Si se agrega a esto la tendencia natural de los pueblos a reverenciar en los hijos las virtudes de los padres, o con más precisión, a crear dinastías, cuando no las encuentran ya formadas — tendencia más agudizada en un pueblo religioso, respetuoso y formalista, — se comprenderá la causa del carácter hereditario, limitado a un cierto número de familias eminentes, que tuvo el ejercicio de la función pública en la república romana. La continuidad del fenómeno expresado se advierte aún en los momentos de mayor desenfreno democrático y en el seno de los dos partidos en que se divide la opinión. Una excepción como la de Mario no hace más que confirmar la regla. Tanto los jefes conservadores como los caudillos populares, de origen patricio o plebeyo, pertenecen a gentes acomodadas y distinguidas ya por servicios anteriores al Estado. Estas familias forman la *nobilitas*, o aristocracia gobernante, que no se con-

funde con el patriciado tradicional, puesto que incluye también a algunas de origen plebeyo; pero que se consagran por tradición y vocación a la política: que son profesionales de ella, en una palabra, aunque sin merecer el sentido peyorativo que tiene esta calificación en nuestros días. Los hijos heredan de los padres, junto con el prestigio del nombre, una clientela electoral, dispuesta a elevarlos a su vez.

En la existencia de esta clase dirigente — unida en una aspiración común, por encima de las luchas electorales — residió la fuerza del Estado romano en sus momentos de mayor esplendor. — Los intereses de la “élite” política de terratenientes coincidían con los de la población agraria, y al gobernar de acuerdo con dichos intereses y con la seriedad y el sentimiento del honor supremo que el gobierno comportaba, tanto los hombres del Senado como los de la democracia servían al interés general, mientras los ejércitos de la República extendían por tres continentes las fronteras del imperio. *

III. *Tiberio Graco*

Es difícil determinar cuándo empieza un proceso de corrupción social. Los gérmenes malignos suelen permanecer mucho tiempo, como en ciertas enfermedades, en estado de latencia, hasta que un suceso cualquiera, obrando a modo de agente provocador, precipita la descomposición de todo el organismo. El primer período puede durar el espacio de varias generaciones. El segundo es siempre rápido y convulsivo.

Los historiadores que pintan con tonos sombríos el estado de Roma en tiempos de Tiberio Graco, lo exageran bajo el influjo, sin duda, de lo que ocurrió algunos años después. En realidad, ya el helenismo y el afán de lucro, habían iniciado la transformación de las costumbres.

El propio Tiberio era un ejemplo de la generación nueva, educada por filósofos importados. Pero el descastamiento, la incredulidad, el sensualismo, la ligereza de conducta, sólo habían contaminado hasta entonces a núcleos reducidos de la alta sociedad, que no gozaban en el Estado de una influencia predominante. Muy al contrario, un Escipión Emiliano, un Quinto Metelo, un Apio Claudio, mantenían en el ejercicio de las funciones públicas la tradición de los fuertes varones antiguos. Y aun el caudillo renovador, si bien por la inteligencia era griego, por el corazón y la moral seguía siendo un buen romano, digno hijo de la virtuosa Cornelia.

Cierto es que las conquistas y el régimen de arrendamiento de los impuestos y diezmos en las tierras anexadas estaban produciendo una revolución profunda en la economía de la república. Detrás de las legiones se precipitaba a las provincias el negociante de la urbe, ávido de enriquecimiento legal o ilegal, ya por el tráfico, ya mediante la exacción violenta en nombre del derecho del vencedor; y el ruido de las armas era suplantado por el de las monedas acumuladas febrilmente. Este tipo de negociante no se reclutaba en el orden noble o senatorial y, cuyos miembros tenían prohibido, por la ley Flaminia, el ejercicio del comercio, sino entre los ricos del orden ecuestre. Pero en el año 133, en que asumió Tiberio el tribunado, esta clase carecía de influencia política como tal, no obstante provenir de ella muchas familias que, al participar en el gobierno, caían bajo la expresada prohibición. El fundamento de la aristocracia gobernante continuaba siendo la propiedad territorial, y el sentimiento común, de acuerdo con la legislación, consideraba incompatible aquella ocupación subalterna con el honor de dirigir la República.

Desde su tribunado, Tiberio Graco se propuso resolver el grave problema social que planteaba en ese momento la situación de la clase

media rural, diezmada por las guerras y arruinada por la competencia que le hacían los grandes terratenientes, mediante el cultivo por esclavos, envilecedor de los precios. Consciente de la misión social que dicha clase, entonces proletarizada y famélica, había desempeñado siempre en el régimen de la república romana, propuso, para restablecerla, la votación de una ley agraria, sobre la base del reparto de las tierras públicas usufructuadas por aquéllos. Nadie podía conservar una cantidad mayor de 1000 yugadas de dichas tierras, debiendo expropiarse el resto, previo pago de una reducida indemnización. La aristocracia se opuso, por otro tribuno adicto a ella, a este ataque a sus intereses; por cuya razón el audaz caudillo recurrió a la violencia, haciendo destituir por el pueblo al opositor, no obstante la inviolabilidad que lo protegía.

Se sabe como fué muerto Tiberio al intentar su reelección, prohibida asimismo por las normas constitucionales. Pero la verdad es que su ley fué cumplida íntegramente, a pesar del vicio de nulidad de que adolecía y que la aristocracia triunfante pudo haber invocado en su contra. Lo cual prueba una vez más el sentimiento de bien público que animaba todavía la acción de esta clase. La ley era benéfica. Si bien los optimates, en defensa de sus intereses, habían hecho uso de los medios legales para evitarla, no se oponían ahora, como estaba en su poder, al hecho consumado. Lo aceptaban, como habrían aceptado igualmente una derrota legal. Pero lo aceptaban después de haber castigado con la muerte de Tiberio, más que la lección pecuniaria sufrida, el desprecio reiterado de éste por la constitución de los mayores.

En la desaprensión por las formas de que hace gala el hijo de Cornelia se ve bien al discípulo del griego Diofanés. Pero el problema que lo preocupa es eminentemente romano, como también la solución. No tiene de revolucionario sino el lenguaje y las actitudes. Tiende a res-

tablecer los fundamentos desquiciados de la economía tradicional, mediante la continuación de la sabia política colonizadora de los fundadores de la urbe. Su ley se inspira en precedentes ilustres, de los cuales los más recientes habían sido obra de los Escipiones, sus gloriosos abuelos.

IV. *Cayo Graco*

Juzgan superficialmente quienes ven en Cayo Graco un continuador de la obra de su hermano. En realidad sólo se asemejan en el ardor de la oratoria y en la violencia de los procedimientos. En cuanto a las consecuencias de su acción y al espíritu que la anima, son fundamentalmente distintos. Mientras Tiberio procede por un sincero impulso de generosidad, Cayo obra, ante todo, por rencor, y este sentimiento enconado exalta sus facultades hasta los límites del genio. Mientras uno se mueve dentro de la tradición romana, procurando, con clara visión de estadista, el fortalecimiento de la clase media rural, salvaguardia de las libertades públicas, el segundo no tiene otra aspiración que el aplastamiento de la aristocracia asesina de su hermano, y esto lo lleva a imaginar una nueva organización de la sociedad romana en que aquélla perdería definitivamente su predominio. El mayor ama al pueblo y se apoya en la masa campesina; el menor odia a los nobles y se procura contra ellos toda clase de alianzas. Tiberio es un demócrata; Cayo, un demagogo genial a quien le corresponderá la gloria impura de llevar a cabo una transformación radical y acaso en parte necesaria, pero que precipitará la corrupción latente.

Hemos visto que el régimen de los negocios provinciales había provocado el enriquecimiento de la clase comercial. Los intereses de

esta clase de grandes propietarios de bienes mobiliarios y fundos provinciales, de concesionarios de impuestos, de traficantes y banqueros, pujaban por adquirir el predominio político. Cayo Graco hace suya la causa y funda su poder personal en la coalición de la burguesía capitalista y el populacho urbano. Quienes observen la política de un socialista de nuestros días, cuando mediante un régimen de elevación de salarios y disminución de tarifas aduaneras arruina al productor agrícola o industrial en provecho de las empresas importadoras, con capitales fabulosos, comprenderán la operación del atrevido agitador. Para conquistar al populacho, hace votar la ley frumentaria, que le asegura las reparticiones periódicas de trigo a precio vil. Consigue así un doble propósito, pues al mismo tiempo anula, por el "dumping" del cereal extranjero (que los capitalistas arrendatarios de los diezmos pueden vender a un precio inferior al de producción) la competencia de los propietarios itálicos... Siempre en beneficio de las empresas, grava con fuertes impuestos la provincia recién conquistada de Asia y los entrega a aquéllas en arrendamiento; e instituye tribunales de caballeros — es decir, de ricos — para juzgar a los funcionarios provinciales; con lo cual éstos quedan incondicionalmente en manos de los comerciantes, ya que ninguno osaría oponerse a los negocios ilegales y a las exacciones, por temor a una condenación. "Esa ley — escribe Mommsen — sólo ofrecía peligro para los funcionarios honrados".

Con Cayo Graco se rompe el equilibrio entre aristocracia y democracia, que constituía la esencia del régimen, en favor de la segunda. Es el populacho de la urbe quien dicta la ley. Pero al actuar, movido por el rencor, contra la aristocracia propietaria, hace el juego de los capitalistas, que suplantán a aquélla en el predominio político. El auge de la democracia, a partir de las reformas de los años 124-21,

significará, en realidad, el gobierno de los grandes empresarios, de los intereses comerciales. El régimen republicano — aristocracia templada con democracia — se convierte en crudamente oligárquico-financiero, bajo la máscara simpática y engañadora de la soberanía popular. Cayo muere trágicamente, como su hermano. Pero esta aparente victoria de la aristocracia encubre una derrota esencial. El Senado se ve obligado a pactar con los capitalistas, conservándoles lo obtenido al precio de la vida de su “leader”, y a mantener el sistema de las reparticiones de cereal. Pacto que es una entrega.

V. *Consecuencias políticas de las reformas de Cayo Graco*

La coalición del capitalismo con la democracia no es un fenómeno peculiar de la política romana, sino un fenómeno mundial, con todas las características de una ley histórica. En todas partes y en todos los tiempos, el triunfo de la democracia se traduce en el establecimiento de oligarquías financieras, de tipo comercial o industrial. La operación de Cayo Graco repite, así, la de Efiálfes en Atenas y anticipa la revolución francesa.

Es tan grande la confusión reinante en nuestros tiempos sobre todo lo que concierne a los fenómenos políticos, que resulta indispensable, al enunciar una fórmula, definir sus términos. La democracia es, teóricamente, el gobierno del pueblo por el pueblo mismo; pero debiendo ejercerse dicho gobierno por el órgano de agentes libremente elegidos, soberanos por delegación, hay que tener en cuenta, para caracterizar la índole de cada régimen democrático, no la doctrina, sino sus resultados. La democracia se presenta, históricamente, como instrumento político del capitalismo, puesto que al referir al pueblo, es

decir, a la lucha de los intereses particulares, la elección del personal gubernativo, es natural que triunfen los intereses más extendidos y poderosos. Su acción disolvente sirve para destruir los obstáculos que se oponen a la omnipotencia del oro, el cual sólo necesita, para reinar, el quebrantamiento del orden fundado en los principios tradicionales. Un Estado fuerte como el romano, constituido por una aristocracia terrateniente y guerrera, que cualesquiera fuesen sus vicios, conservaba un sentido claro del honor nacional y del destino de Roma, era inconciliable con la dominación financiera y había que destruirlo, azuzando los rencores de la plebe, explotando su hambre y corrompiendo a sus caudillos.

Por otra parte, la misma ideología del sistema denuncia la mano que lo entroniza. La libertad es necesaria para el desarrollo de los negocios, así como la exaltación del individuo y sus derechos por sobre los del Estado, crean la atmósfera propicia para subordinar la acción de éste a los intereses privados de los oligarcas. En lo que toca a la igualdad, el dinero es el gran nivelador, desde que basta con obtenerlo para alcanzar las más altas jerarquías, sin que haya sido necesario, como en el viejo régimen, verter la sangre y fatigar las fuerzas en el servicio público.

Es necesario analizar este confuso período de la política romana porque en él encontramos ya los elementos que lucharán después. Aquí se afianza la oligarquía capitalista, apoyada en el sufragio popular; pero desde este momento se manifiesta la contradicción íntima entre los dos principios, distintos en sus finalidades. El capitalismo fomenta la democracia para debilitar el Estado aristocrático tradicional y substituirlo en su predominio, porque sabe que esta operación exige

la ruina previa de las antiguas jerarquías. Mas para ello debe poner continuamente un dique a la tendencia natural de la democracia a encarnarse en un jefe y traducirse así en el poder personal absoluto del César, por cuya mano aquélla, en el mismo acto, triunfa y sucumbe. Por eso se alía con Cayo Graco en su política agraria, que sólo perjudica a la aristocracia terrateniente, y en la reforma judicial, desde luego, que constituía la ansiada revolución favorable a sus intereses. Pero lo abandona y contribuye a aniquilarlo cuando aquél, cediendo a un espíritu de justicia, a la intuición clara del destino imperial de Roma y al legítimo anhelo de ampliar el radio de su influencia personal, propone la concesión del derecho de ciudadanía a los itálicos, reforma necesaria que habría evitado una guerra sangrienta y que tarde o temprano debía realizarse. Todos los intereses en peligro se unen entonces contra él, estimulando el alzamiento de la plebe urbana con el argumento de la competencia ruinosa que significarían los nuevos electores en la distribución de las gangas electorales, los juegos y la anona. Cayo muere. Y así, tanto el apogeo de su influencia como su caída, son victorias indudables de la misma oligarquía capitalista, dueña ya de la situación.

Nada se comprendería del desarrollo ulterior de la política romana, si no se advirtiera esa profunda revolución social operada durante el período que se extiende entre la acción de los Gracos y la restauración de Sila, es decir, en el espacio de dos generaciones. Revolución que se caracteriza por la desaparición sin gloria de la influencia del antiguo patriciado como tal y por el planteamiento en una nueva forma del dilema político.

Subsisten las diferencias aparentes y el juego de los dos grandes partidos tradicionales. Pero éstos no representan ya los mismos intereses antagónicos. El "espíritu de los tiempos" ha hecho presa en

todas las clases, y el pensamiento y el lenguaje de los hijos nada tienen que ver con el de los antecesores inmediatos. Todavía se apela a los grandes mitos: a la defensa de las libertades heredadas y a la constitución de los mayores, honor del nombre romano, por una parte, y por otra, a la justicia social y a la soberanía del pueblo. Mas estas diferencias partidarias apenas disimulan la cruda realidad oligárquica de una clase capitalista, que domina por igual a las dos facciones turbulentas, cuyos caudillos resultan meros gerentes de los intereses de aquella. La esencia de esta política consiste en el doble juego que hemos referido más arriba: democrático para debilitar al Estado tradicional, cuyo último baluarte lo constituye la fracción "ultra" del Senado; pero reservándose el derecho de apoyar a éste, cada vez que la democracia amenaza con fortalecerse alrededor de un caudillo popular. Esto explica el éxito y el fracaso de un Saturnino, de un Sulpicio, de un Mario, exaltados y hundidos luego por la misma fuerza biforme. En tales evoluciones, el capitalismo no obra como un tercer partido, que decide con su adhesión el triunfo de esta o aquella tendencia (según lo han creído algunos historiadores, Mommsen entre ellos), sino como un super-estado, como el poder real que se mantiene oculto tras las falaces apariencias y a cuyo conjuro obedece la acción de cónsules, tribunos, senadores y generales.

Los grandes nombres patricios continúan, sin embargo, figurando en primer término en las listas senatoriales y en el reclutamiento de las magistraturas. Salvo la incorporación de algún hombre nuevo, como Cayo Mario, exaltado por sus méritos militares, la vieja aristocracia romana sigue proporcionando el mayor número de personajes directivos

y parecería que su poder no hubiese sido quebrantado. Pero esta supervivencia se debe a que ha vendido su alma al nuevo amo. Es común en las revoluciones el fenómeno de una clase dirigente cuyos miembros, para conservar su jerarquía, se acomodan al naciente orden de cosas, poniendo al servicio de éste el prestigio perdurable de sus hombres y su experiencia de gobierno. La aristocracia romana poseía una técnica, una tradición, la vocación hereditaria por la cosa pública y el argumento impresionante de las hazañas paternas, grato a la multitud, que ama el heroísmo. En vez de sucumbir con gloria, resuelve adaptarse. La nueva generación ya no cree en la legitimidad religiosa de su predominio, carece del sentimiento exaltado del honor y las tradiciones, está ganada por el nuevo espíritu. Y la burguesía capitalista refrenda el pacto, que da origen a la nueva oligarquía: pacto igual para ambas partes, puesto que una necesita dinero y otra prestigio.

Cediendo al instinto humano de someterse a la ley del vencedor, el patriciado se mercantiliza, como antes la burguesía rica habíase empeñado en imitar a aquél. La ley Flaminia cae en desuso y primero esbozadamente, por participación en las sociedades de cuota y más tarde sin rebozo ninguno, los personajes senatoriales se lanzan a la especulación, olvidando en su afán de lucro hasta el honor del nombre romano. El escándalo de Yugurta, ocurrido pocos años después de la muerte del menor de los Gracos, da una idea del desenfreno en que había caído el Senado en su luna de miel con las finanzas.

Tiende cada vez más a desaparecer la distinción entre patricios y plebeyos y la calidad empieza a medirse casi exclusivamente por la riqueza. Los matrimonios entre personas de distinto orden se hacen corrientes; los antiguos prejuicios ceden ante el argumento decisivo del oro. Una revolución económica se ha operado entre tanto. La tierra, fundamento de las antiguas fortunas, convertida ahora en objeto de

especulación, se desvaloriza, y esta caída empobrece a la aristocracia y a la clase media rural, salvándose sólo aquellos que han comprendido a tiempo las exigencias de la hora y se han lanzado en los negocios asiáticos. Al antiguo terrateniente arruinado no le quedaba otro remedio que resignarse a la pobreza o bien, si quería conservar su rango, dedicarse a abogado de negociantes y político profesional, poniendo a precio su nombre y su prestigio. Se produce así la caída de algunas orgullosas mansiones que no quieren o no pueden adaptarse. Pero estas melancólicas decadencias no se advierten en el torbellino, pues sus vacantes son prestamente llenadas por los nuevos ricos, ávidos de gozar de su fortuna y que se refinan en el espacio de una generación.

Tal fué la revolución desencadenada por las reformas de Cayo Graco, a partir de las cuales se inicia el proceso de descomposición que sólo tendrá fin con el advenimiento del Imperio.

ERNESTO PALACIO

UN CUARTO PROPIO

(Continuación)

IV

En el siglo dieciseis, imposible encontrar alguna mujer en ese estado de ánimo. Basta pensar en las lápidas isabelinas con todos esos niños arrodillados con las manos juntas; y en sus muertes tempranas; y ver sus casas con sus ahogados cuartos oscuros, para darse cuenta de que ninguna mujer pudo entonces haber escrito poesía. Lo que uno esperaría, es que algo más tarde, quizá, alguna gran dama aprovechando su relativa independencia y comodidad, publicara algo con su firma y corriera el albur de que la consideraran un monstruo. Los hombres, por supuesto, no son snobs, proseguí, evitando cuidadosamente "el feminismo notorio" de Miss Rebecca West, pero en general aprecian con simpatía los esfuerzos de una condesa que escribe versos. Uno esperaría que una señora con título encontrara mayor ambiente que el que hubiera encontrado en esa época una desconocida Miss Austen o una Miss Brontë. Pero uno podía esperar también que su mente fuera turbada por emociones forasteras como el temor y el odio y que en sus poemas quedaran rastros de ese disturbio. Aquí está Lady Winchilsea, por ejemplo, pensé, tomando sus poemas. Nació el año 1661; era noble de linaje y también por su casamiento:

no tenía hijos; escribió versos y basta hojearlos para encontrarla rebo-
sando de indignación contra la posición de las mujeres:

*How are we fallen! fallen by mistaken rules,
And Education's more than Nature's fools;
Debarred from all improvements of the mind,
And to be dull, expected and designed;
And if someone would soar above the rest,
With warmer fancy, and ambition pressed,
So strong the opposing faction still appears,
The hopes to thrive can ne'er outweigh the fears.*

Es indudable que su mente no había “consumido todas las trabas hasta volverse incandescente”.

Al contrario, está molesta y aturdida por odios y agravios. La raza humana se ha dividido para ella en dos partidos. Los hombres son el “partido contrario”; los hombres son odiados y temidos, porque pueden cerrarle el camino de lo que ella quiere hacer — que es escribir.

*Alas! a woman that attempts the pen,
Such a presumptuous creature is esteemed,
The fault can by no virtue be redeemed.
They tell us we mistake our sea and way;
Good breeding, fashion, dancing, dressing, play,
Are the accomplishments we should desire,
To write, or read, or think, or to enquire,
Would cloud our beauty, and exhaust our time,
And interrupt the conquests of our prime,
Whilst the dull manage of a servile house
Is held by some our outmost art and use.*

Lo que la anima a escribir es la suposición de que lo que escribe, jamás será publicado, y se calma con el triste canto:

*To some few friends, and to thy sorrows sing,
For groves of laurel thou wert never meant;
Be dark enough they shades, and be thou there content.*

Sin embargo es claro que hubiera podido purgar su mente de odio y de temor y no cargarlo de amargura y resentimiento; un fuego ardía en ella. De vez en cuando surgen palabras de poesía pura:

*Nor will in fading silks compose,
Faintly the inimitable rose.*

que son celebradas con justicia por Mr. Murray, y Pope, algunos piensan, recordó y se apropió de estas otras:

*Now the jonquille o' erccmes the feeble brain,
We faint beneath the aromatic pain.*

Es una verdadera lástima que la mujer que podía escribir así, cuya mente condecía con la naturaleza y la reflexión, haya sido forzada al enojo y la amargura. ¿Pero qué podía hacer?, me pregunto, imaginando los sarcasmos y la risa, la adulación de los parásitos y el escepticismo del poeta profesional. Encerrarse en el campo, en una pieza para escribir, y ser desgarrada por la amargura y tal vez los escrúpulos, aunque su marido fuera de lo más bondadoso y perfecta su vida matrimonial. “Tal vez”, digo, porque cuando uno quiere investigar la vida de Lady Winchilsea, uno halla, como de costumbre, que casi nada se sabe de ella.

Sufría una triste melancolía que podemos de algún modo explicar, cuando la encontramos diciéndonos que bajo su poder ella se imaginaba:

*My lines decried, and my employment thought
An useless folly or presumptuous fault:*

La afición así censurada, era, según parece, la muy inofensiva de vagar por los campos y soñar:

*My hand delights to trace unusual things,
And deviates from the known and common way,
Nor will in fading silks compose,
Faintly the inimitable rose.*

Naturalmente, si esa era su costumbre y ese su placer, sólo podía esperar que se burlaran de ella; y por consiguiente dicen que la satirizaron “como un *bas-bleu* con un prurito de garabatear”.

También se dijo que ofendió a Gay, riéndose de él. Dijo que sus *Trivia* demostraban que era más apto para llevar una silla de mano que para ocuparla”. Pero todo esto es “charla dudosa” y, dice Mr. Murray, “poco interesante”. Yo no estoy de acuerdo, me gustaría haber tenido más charlas dudosas que me hubieran permitido sacar algo en limpio o imaginar algo de esta señora melancólica, que solía vagar por los campos pensando en cosas extraordinarias y que despreciaba tan atolondrada e indiscretamente, “la fastidiosa dirección de una casa servil”. Pero se volvió insustancial, dice Mr. Murray. Su don se fué en vicio, entreverado en zarzas. No tuvo oportunidad de florecer, hermoso y distinguido como era. Y así, restituyéndola al estante, me volví a esa otra gran dama, la duquesa amada por Lamb, la atolon-

drada y fantástica Margarita de New Castle, mayor, pero aún su contemporánea. Eran muy diferentes, pero parecidas en ser nobles las dos y sin hijos, y ambas casadas con maridos excelentes. En ambas ardía igual pasión poética y estaban las dos desfiguradas y deformadas por las mismas causas. Abran la Duquesa, y se encuentra la misma expresión de ira, “Las mujeres viven como murciélagos o lechuzas, trabajan como bestias, y mueren como gusanos...” Margarita también pudo haber sido poeta; en nuestra época toda esa actividad hubiera movido alguna rueda. Tal como era ¿qué cosa era capaz de sujetar, domar o civilizar, para un empleo humano, esa inteligencia agreste, generosa e indisciplinada? Se volcó, sin ton ni son, en torrentes de rima y prosa, de poesía y filosofía, congelados en infolios y mamotretos que nadie lee. Le hubieran puesto un microscopio en la mano. Le hubieran enseñado a mirar los astros, y a razonar científicamente. Su mente se extravió a fuerza de independencia y de soledad. Nadie la controló. Nadie la enseñó. Los profesores la adulaban. En la Corte se reían de ella. Sir Egerton Brydges se quejó de su vulgaridad “proviniente de una hembra de alto linaje educada en las Cortes”. Acabó por enclaustrarse en Welbeck.

¡Qué visión de tumulto y de soledad, trae el recuerdo de Margarita Cavendish! Como si un pepino gigante se hubiera extendido sobre todas las rosas y los claveles en el jardín, y los hubiera muerto de asfixia. ¡Qué desperdicio, que la mujer que escribió “las mujeres más educadas son aquellas cuyas mentes son más corteses” hubiera malgastado su tiempo garabateando desatinos, hundiéndose cada vez más en la oscuridad y la locura, hasta que la gente se agolpaba alrededor de su coche cuando salía. Evidentemente la duquesa loca sirvió de espantajo para asustar a las muchachas inteligentes. Aquí, recordé dejando a un lado la Duquesa y abriendo las cartas de Dorotea Osborne,

está Dorotea escribiendo a Temple sobre el nuevo libro de la Duquesa: “Claro que la pobre mujer está algo trastornada, puesto que ha tenido la ridiculez de animarse a escribir libros y en verso; aunque yo no durmiera una quincena, yo no me atrevería”.

Y entonces, ya que ninguna mujer discreta y modesta podía escribir libros, Dorotea, que era sensitiva y melancólica, el temperamento opuesto al de la Duquesa, no escribió nada. Sus cartas no contaban. Una mujer podía escribir cartas sentada a la cabecera de su padre enfermo.

Podía escribirlas junto al fuego, mientras los hombres charlaban, sin molestarlos. Lo raro, pensé, hojeando las cartas de Dorotea es el talento que tenía esa muchacha solitaria e inculta para construir una frase, para describir una escena. Oiganla soltarse: “Después de comer nos sentamos y conversamos hasta que se trata del señor B. y entonces me voy. El calor del día lo paso trabajando o leyendo y a las seis o las siete paseo por un campito que está cerca de la casa donde una cantidad de mozas jóvenes cuidan Vacas y Ovejas y están sentadas en las sombras cantando baladas; las miro y comparo sus voces y Hermosuras a algunas Antiguas Pastoras de que he leído y encuentro una vasta diferencia, pero créame que las creo tan inocentes como aquellas. Les hablo y encuentro que para ser las Gentes más felices del mundo, no les falta más que saber que lo son. Casi siempre cuando estamos en la mitad de nuestro discurso una mira y ve que su Vaca se está metiendo en el Maizal y salen todas disparando como si tuvieran alas en los talones. Yo que no soy tan animosa me quedo atrás y cuando las veo llevando a casa sus animales pienso que es tiempo de que yo me retire. Cuando ya he cenado salgo al Jardín y voy a la ribera de un pequeño Río que corre por ahí donde me siento y te deseo a mi lado...”

Uno hubiera jurado que había en ella la pasta de un escritor.

Pero “aunque yo no durmiera una quincena yo no me atrevería a eso” — uno puede medir la oposición que había en el ambiente a una mujer escritora cuando se vé que hasta una mujer con tanto don de escribir había llegado a suponer que escribir un libro era ser ridícula, o parecer trastornada. Y así llegamos, proseguí, dejando en el estante el breve y sencillo volumen de cartas de Dorotea Osborne, a Mrs. Behn.

Con Mrs. Behn doblamos un recodo importante del camino. Dejamos atrás, encerradas en sus parques entre sus infolios, aquellas grandes damas solitarias que escribían sin público ni crítica, para su íntimo deleite. Llegamos a la ciudad y nos hombreamos con la gente en las calles. Mrs. Behn era una mujer de la clase media con todas las virtudes plebeyas de chacota, vitalidad y coraje; una mujer obligada por la muerte de su marido y por algunas lamentables aventuras personales a ganarse la vida aguzando el ingenio. Tenía que trabajar, como los hombres. Consiguió lo bastante para vivir, trabajando duramente. La importancia del hecho, sobrepasa cualquiera de sus escritos, hasta el espléndido “*Mil Mártires he hecho*” o “*El amor celebraba un triunfo fantástico*”, pues aquí empieza la libertad de la mente, o más bien la posibilidad de que en el decurso del tiempo la mente escribirá lo que quiera. Pues ya que lo había hecho Aphra Behn, las muchachas podían decir a sus padres: No necesitan darme una pensión; puedo ganar dinero con mi pluma. Por supuesto la contestación fué, por muchos años; “¡Sí, llevando la vida de Aphra Behn! ¡Antes la muerte!” y les daban con la puerta en la cara.

Este tema tan atrayente, el valor que los hombres dan a la castidad de las mujeres, y su efecto sobre su educación, plantea una controversia, y puede suministrar un libro interesante a cualquier estudiante de Girton o Newnham; podría servir de carátula, Lady Dudley, cubierta de brillantes, entre los bichos de un pantano escocés. Lord

Dudley, el Times dijo el otro día, al morir Lady Dudley, “un hombre de gusto cultivado y de muchos conocimientos, era bondadoso y liberal, pero caprichosamente despótico. Insistía en que su esposa llevara vestidos de etiqueta, hasta en el más remoto puesto de caza en las montañas; la cargaba de magníficas joyas” y en fin “le daba todo salvo la menor responsabilidad”. Pero Lord Dudley tuvo un ataque y ella lo cuidó y manejó sus propiedades con suprema competencia. Ese despotismo caprichoso perteneció también al siglo diecinueve.

Pero volvamos. Aphra Behn demostró que se puede ganar dinero escribiendo, mediante el sacrificio, tal vez, de ciertas cualidades agradables; y así gradualmente el hecho de escribir adquirió una importancia práctica, dejó de ser un mero síntoma de idiotez o de una mente trastornada. Un marido podía morir, o la familia sufrir un desastre. Cientos de mujeres empezaron, al acercarse el siglo dieciocho, a aumentar su pensión de alfileres, o a sostener sus familias haciendo traducciones o escribiendo las innumerables malas novelas que ya no se recuerdan ni en los libros de texto, pero que pueden encontrarse en los puestos de libros viejos en el Charing Cross Road. La gran actividad intelectual que las mujeres revelaron hacia fines del siglo dieciocho — las conversaciones, las asambleas, la escritura de ensayos sobre Shakespeare, las traducciones de los clásicos — se funda en el hecho de que las mujeres podían hacer dinero escribiendo. El dinero da valor a lo que impago es frívolo. Todavía podían burlarse de la “*bas bleu* con un prurito de borrar”, pero era indiscutible que esta llenaba su bolsa. Así, a fines del siglo dieciocho se operó un cambio, que de estar yo reescribiendo la historia, lo estudiaría más prolijamente, considerándolo de mayor importancia que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. Porque si *Pride and Prejudice* cuenta, y *Middemarch* y *Villette* y *Wuthering*

Heights cuentan, entonces cuenta mucho más que lo que puedo demostrar en una conferencia de una hora, el hecho de que mujeres de todas clases escribieran y no simplemente la aristócrata solitaria encerrada en su casa de campo entre sus adulones y sus infolios. Sin esas precursoras, Jane Austen y las Brontë y George Elliot no hubieran escrito, como no lo hubiera hecho Shakespeare sin Marlowe, o Marlowe sin Chaucer, o Chaucer sin aquellos poetas olvidados que trazaron el camino y domesticaron la rudeza natural del idioma. Porque las obras maestras no nacen aisladas y solitarias; son el producto de muchos años de pensar en común, de pensar en montón, detrás de la voz única, de modo que ésta es la experiencia de la masa. Jane Austen debió depositar una corona en la tumba de Fanny Burney, y George Elliot rendir homenaje a la sombra robusta de Eliza Carter — la vieja valerosa que ató una campana a la cabecera de su cama, para despertarse temprano y aprender griego. Todas las mujeres juntas debieran cubrir de flores la tumba de Aphra Behn, que está, con escándalo pero muy justiciaramente, en Westminster Abbey, pues ella fué quien les ganó el derecho de decir lo que piensan. Ella es — enamorada y sospechosa como era — la que esta noche me permite decirles sin que sea del todo fantástico: Ganen con su talento quinientas libras esterlinas por año.

Hemos llegado a los comienzos del siglo diecinueve.. Y aquí, por primera vez, encuentro varios estantes dedicados enteramente a obras de mujeres. Pero ¿por qué razón, no pude dejar de preguntarme, al recorrerlas, serán con muy pocas excepciones, todas novelas? El impulso inicial fué hacia la poesía. La “fuente suprema del verso” era una poetisa. En Francia y en Inglaterra las mujeres poetas preceden a las mujeres novelistas. Por otra parte, pensé, mirando los cuatro nombres célebres, ¿qué tenía George Elliot en común con Emily Brontë? ¿No fracasó del todo Charlotte Brontë cuando quiso comprender a

Jane Austen? Salvo por el hecho tal vez significativo de que ninguna de ellas tuvo hijos, sería imposible congregarse en un cuarto cuatro caracteres más incongruentes — tanto que es tentador inventar una reunión y un diálogo entre ellas. Pero cuando escribían, alguna extraña fuerza hizo que escribieran novelas. Me pregunto, si esto tendrá algo que ver con el hecho de pertenecer a la clase media; y con el hecho, que tan llamativamente destacó un poco más tarde, Miss Emily Davies, de que las familias de clase media a principios del siglo diecinueve, no tenían más que una salita.

Si una mujer escribía, tenía que hacerlo en la sala común. Y, como se hubo de lamentar Miss Nightingale con tanta vehemencia, — “las mujeres nunca tienen una media hora... que sea realmente de ellas” — siempre la interrumpían. Sin embargo, sería más fácil escribir prosa y novelas en la salita que versos o que un drama. Se requiere menos concentración. Hasta el fin de sus días Jane Austen escribía así. “Cómo fué capaz de realizar todo ésto”, escribe su sobrino en su Memoria, “es sorprendente, porque no tenía un estudio aparte y mucha de su obra tiene que haber sido compuesta en la sala común, sujeta a toda clase de interrupciones. Debía cuidar que los sirvientes o las visitas, las personas que no fueran de su familia, no sospecharan su tarea”. Jane Austen escondía sus manuscritos o los tapaba con un papel secante. Además, todo el aprendizaje literario que una mujer tenía en los principios del siglo diecinueve era la observación de caracteres, el análisis de la emoción. Su sensibilidad había sido educada durante siglos por las influencias de la sala común. Los sentimientos de las gentes estaban siempre ante sus ojos. Por consiguiente, cuando la mujer de clase media se dedicó a escribir, escribió naturalmente novelas, aunque, como parece muy evidente, dos de las cuatro mujeres famosas aquí nombradas, no eran novelistas de raza. Emilia

Brontë debió escribir dramas en verso; el exceso de la amplia mente de George Elliot debió haberse extendido, una vez agotado el impulso creador, hacia la biografía o la historia. Escribieron novelas, sin embargo; es posible ir más lejos, pensé, sacando *Pride and Prejudice* del estante, y decir que escribieron buenas novelas. Sin vanagloria y sin molestar al sexo opuesto, uno puede decir que *Pride and Prejudice* es un buen libro. De cualquier modo, no sería motivo de vergüenza, que a uno la sorprendieran escribiendo *Pride and Prejudice*. Pero Jane Austen se alegraba de que chirriara un gozne antes que alguien entrara. Para Jane Austen había algo denigrante en escribir *Pride and Prejudice*. Y, me puse a pensar ¿no hubiera acaso sido mejor *Pride and Prejudice* si Jane Austen no hubiera creído necesario esconder el manuscrito de las visitas?

Leí una o dos páginas para ver; pero no encontré ninguna señal de que sus circunstancias hubieran perjudicado su obra en lo más mínimo. Eso, quizá, era el mayor milagro. Hé ahí una mujer por el año 1800 escribiendo sin odio, sin sermones. Así escribía Shakespeare, pensé, leyendo *Anthony and Cleopatra*; y cuando la gente compara a Shakespeare y Jane Austen, querrán decir que la inteligencia de los dos habían consumido todas las trabas; y por ese motivo no conocemos a Jane Austen y no conocemos a Shakespeare, y por ese motivo Jane Austen está en cada palabra que escribía, y lo mismo Shakespeare. Si algo sufrió Jane Austen por sus circunstancias fué por la estrechez de vida que le impusieron. Una mujer no podía salir sola. Nunca viajó; nunca anduvo en un ómnibus por Londres, ni almorzó sola en una tienda. Pero tal vez era natural en Jane Austen no necesitar lo que no tenía. Su talento y sus circunstancias armonizaban completamente. Pero dudo que eso sucediera con Charlotte Brontë, dije, abriendo *Jane Eyre* y poniéndolo junto a *Pride and Prejudice*.

Lo abrí en el capítulo doce y mis ojos se detuvieron en la frase “Que me censuren los que quieran”. Y yo pensé, ¿qué es lo que censuraban a Charlotte Brontë? Y leí que Jane Eyre subía a la azotea mientras Mrs. Fairfax hacía jaleas, y miraba a lo lejos sobre los campos. “Y entonces anhelaba”. — y por ese motivo la censuraban — “una visión capaz de traspasar ese límite; de alcanzar el mundo atareado, ciudades, regiones llenas de vida, de las que había oído hablar sin haberlas visto: deseaba más experiencia práctica de la que tenía; más intercambio con mi prójimo. Mayor contacto con caracteres más variados que los que tenía a mi alcance. Comprendía lo que había de bueno en Mrs. Fairfax, y lo que había de bueno en Adèle; pero creía en la existencia de otras clases más vividas de bondad, quería conocerlos”.

“¿Quién me censura? Muchos, a no dudar, y dirán que soy una descontenta. No podía remediarlo; la inquietud era innata en mí; me agitaba a veces hasta el dolor... “Es inútil decir que a los seres humanos debe satisfacerles la tranquilidad; necesitan acción — y si no la tienen la crean. Hay millones de seres condenados a un destino aun más quieto que el mío, y millones en silenciosa revuelta contra su suerte. Nadie sabe cuantas rebeliones fomentan en las masas de vida que pueblan la tierra. En general se cree que las mujeres son muy tranquilas; pero las mujeres sienten lo mismo que los hombres; necesitan ejercicio para sus facultades y campo para sus esfuerzos, igual que sus hermanos; sufren de reglas demasiado rígidas, del estancamiento absoluto, precisamente como sufrirían los hombres; y es una estrechez de criterio en su prójimo más privilegiado el decir que ellas deben limitarse a hacer tortas y tejer medias, a tocar el piano y bordar carteras. Es insensato condenarlas, o reirse de ellas, si buscan hacer más o aprender más que lo prescrito por el hábito.

“En mi soledad solía escuchar con frecuencia la risa de Grace Poole...”

Una interrupción de lo más incómoda, pensé. Es molesto encontrarse de golpe con Grace Poole. El hilo se rompe. Uno podría decir, continué, dejando el libro al lado de *Pride and Prejudice*, que la mujer que escribió esas páginas tenía más genio que Jane Austen; pero si uno las vuelve a leer y nota ese sacudón, esa indignación, uno ve que ella nunca conseguirá una expresión total de su genio. Sus libros serán deformes y torcidos. Escribirá con rabia, en lugar de escribir serenamente. Escribirá tontamente en lugar de escribir con sensatez. Escribirá sobre ella misma en lugar de escribir sobre sus personajes. Está en guerra con su destino. ¿Cómo no morir joven, impedida y frustrada?

Uno no puede menos que especular con la idea de lo que hubiera sucedido si Charlotte Brontë hubiera poseído unas trescientas libras al año — pero la inocente vendió los derechos de sus novelas por milquinientas libras esterlinas — si hubiera poseído de algún modo, mayor conocimiento del mundo y de ciudades y regiones llenas de vida; más experiencia práctica, e intercambio con sus semejantes y hubiera conocido variedad de caracteres. En aquellas palabras señaló exactamente no sólo sus propios defectos como novelista sino también los de su sexo en aquel tiempo. Ella sabía mejor que nadie lo mucho que hubiera aprovechado su genio si no lo hubiera malgastado en visiones solitarias sobre la lejanía de los campos; si le hubieran concedido experiencia, intercambio y viajes. Pero no le fueron concedidos, le fueron rehusados y debemos aceptar el hecho de que todas esas buenas novelas, *Villette*, *Emma*, *Wuthering Heights*, *Middlemarch* fueron escritas por mujeres sin otra experiencia vital que la que puede entrar en el hogar de un respetable clérigo: escritas además en la sala común

de ese hogar respetable y por mujeres tan pobres que no podían comprar más que unos pocos cuadernos a la vez para escribir *Wuthering Heights* o *Jane Eyre*.

Es cierto que una de ellas, George Elliot, después de muchos disgustos se escapó, pero sólo a una casa apartada en St. John's Wood. Y allí se instaló a la sombra de la censura general. "Queda entendido", escribía, "que nunca invitaré a nadie a visitarme si no me lo piden" ¿porque no vivía acaso en pecado mortal con un hombre casado y no ofendería la castidad de Mrs. Smith o de quién fuera a verla? "Hay que someterse a las convenciones sociales y quedar excluída del mundo". Al mismo tiempo, en el otro extremo de Europa, había un joven viviendo libremente con esta gitana o con aquella otra gran señora; yendo a la guerra, recogiendo sin censuras toda esa variada experiencia de la vida humana que le sirvió tan espléndidamente cuando empezó a escribir sus libros. Si Tolstoï hubiera vivido en la casa parroquial con una mujer casada "excluído del mundo", por edificante que fuera la lección moral, no hubiera conseguido escribir, me parece, *La Guerra y la Paz*.

Pero se podría, tal vez, profundizar algo más el tema de la composición de novelas y el efecto del sexo sobre el novelista. Si uno cierra los ojos y piensa en la novela como un todo, parece una creación que repite la vida como un espejo, aunque por cierto, con simplificaciones y deformaciones innumerables. De cualquier modo, es una estructura que deja una forma en la mente, edificada a veces en cuadros, a veces como una pagoda, a veces proyectando alas y arcadas, a veces macizamente compacta y abovedada como la Catedral de Santa Sofía en Constantinopla. Esa forma, pensé, recordando ciertas novelas famosas, despierta en uno la clase de emoción apropiada. Pero esa emoción en seguida se mezcla con otras, porque la "forma" no está hecha

por la relación de una piedra con otra piedra, sino por la relación de un ser humano con otro ser humano. Por eso una novela despierta en nosotros toda clase de emociones opuestas y antagónicas. La vida entra en conflicto con algo que no es la vida. De ahí la dificultad de llegar a un acuerdo sobre las novelas, y el dominio inmenso que tienen sobre nosotros nuestros prejuicios íntimos. Por un lado, sentimos que Tú — Juan el héroe — debe vivir, o yo me hundiré en abismos de desesperación. Por el otro, sentimos: ¡Ay de tí, Juan, debes morir! porque la forma del libro lo requiere. La vida entra en conflicto con algo que no es la vida. Entonces, desde que en parte es vida, lo juzgamos como vida. Jaime es el tipo de hombre que aborrezco, dice uno. O, esto es un fárrago de disparates. Yo no sentiría nunca esas cosas. La estructura total, es evidente, evocando cualquier novela famosa, es de una infinita complejidad, porque está hecha de tantos juicios diversos, de tan diversas clases de emoción. El milagro es que un libro compuesto así, pueda mantenerse arriba de un año o dos, o pueda significar para el lector inglés lo mismo que para el ruso o el chino. Pero, a veces consiguen mantenerse de un modo notable. Y lo que los mantiene en estos raros ejemplos de supervivencia (estaba pensando en *La Guerra y la Paz*) es algo que se llama integridad, aunque nada tiene que ver con pagar las cuentas, o conducirse con honor en una emergencia. La que no se entiende por integridad, en el caso del novelista, es la convicción de que él nos da de que esa es la verdad. Sí, uno siente, yo nunca hubiera pensado que esto pasara así; yo nunca he visto gente portándose así. Pero usted me ha convencido de que así es, de que así sucede. Uno pone al trasluz cada sentencia, cada escena que lee— porque la Naturaleza parece habernos provisto, muy curiosamente, de una luz interior por la que juzgamos de la integridad o deshonestidad del novelista. O quizá la Naturaleza, en un

momento muy irracional, ha trazado con tinta invisible en las paredes del entendimiento una premonición que los grandes artistas confirman: un croquis que basta exponer al fuego del genio para que sea visible. Cuando uno lo expone y lo vé animarse, uno exclama encantada: ¡Pero esto es lo que siempre he sentido y sabido y deseado! Y uno está efervescente de entusiasmo, y, cerrando el libro con una especie de reverencia como si fuera algo muy precioso, un refugio que le durará mientras uno viva, lo vuelve a su sitio en el estante, yo dije, tomando *La Guerra y la Paz* y guardándolo en su lugar. Si, por otra parte, estas pobres frases que uno toma y prueba, empiezan por despertar nuestro interés con su colorido brillante y sus gestos airosos, pero ahí se detienen: o si sólo sacan a luz un débil garabato en aquel rincón y un borrón por el otro, y nada aparece del todo y completo, entonces se lanza un suspiro de desencanto y se dice: Otro fracaso. De algún modo se ha malogrado esta novela. Y en la mayoría de los casos, por supuesto, las novelas se malogran. La imaginación falla bajo el enorme esfuerzo. La penetración se confunde; ya no distingue lo verdadero de lo falso; ya no tiene la fuerza de proseguir esa vasta labor que exige a cada instante el empleo de facultades tan diversas. Pero como puede todo esto ser afectado por el sexo del novelista, pensé, mirando a *Jane Eyre*, y las demás. ¿Podía el hecho de su sexo influir de algún modo en la integridad de una mujer novelista — esa integridad que yo considero el espinazo del escritor? Ahora bien, en los pasajes que cité de *Jane Eyre*, es indudable que la vida estaba falseando la integridad de Charlotte Brontë la novelista. Ella descuidaba su cuento, al que debía toda su atención, para atender algún agravio personal. Se acordaba que había sido privada de su debida porción de experiencia — que la habían estancado zurciendo medias en una casa parroquial cuando necesitaba errar libre por todo el mundo. A su imaginación la torcía la indignación y nosotros sentimos cuando se tuerce.

Pero otras influencias que la ira tironeaban de su imaginación y la desviaban de su camino. La ignorancia, por ejemplo. El retrato de Rochester está dibujado a oscuras. Percibimos ahí la influencia del miedo; lo mismo que percibimos continuamente una acidez que es el resultado de la opresión, un sufrimiento oculto latente bajo su pasión, un rencor que contrae aquellos libros, por espléndidos que sean, con un espasmo doloroso.

Y ya que una novela guarda esa correspondencia con la vida real, sus valores son de algún modo los de la vida real. Pero es evidente que los valores de las mujeres difieren a menudo de los valores establecidos por el otro sexo; es natural que esto sea así. Con todo, son los valores masculinos los que prevalecen. En términos generales, el foot ball y el deporte son "importantes"; el culto de la moda, la compra de trajes, "triviales".

Esos valores se transfieren inevitablemente de la vida a la novela. Este libro es importante, da por sentado el crítico, porque trata de guerras. Este otro libro es insignificante porque trata de los sentimientos de las mujeres en un salón. Una escena en un campo de batalla es más importante que una escena en una tienda — en todas partes y con más sutileza la diferencia de valores persiste. Toda la estructura, por consiguiente, de la novela de principios del siglo diecinueve, había sido erigida, si uno era una mujer, por una mente algo desviada de lo recto, y obligada a alterar su clara visión en obsequio de una autoridad externa. No hay más que hojear aquellas viejas novelas olvidadas y escuchar el tono de voz en el cual fueron escritas para saber que la escritora está enfrentándose con la crítica; ella decía tal cosa para agredir, tal otra para conciliar. Admitía que era "sólo una mujer", o afirmaba que "valía tanto como un hombre". Salía al encuentro de la crítica según su temperamento, con deferencia y docilidad, o con enojo y énfasis. No importa cuál de los dos; estaba

en otra cosa que en la cosa misma. Su libro se nos viene encima. Había una falla en el centro. Y pensé en todas las novelas escritas por mujeres que yacen desparramadas, como manzanas picadas en una huerta, por las librerías de viejo de Londres. Es la falla en el centro lo que las ha podrido. Ella ha alterado sus valores en obsequio a la opinión ajena.

Pero qué imposible debe haber sido para ellas no moverse ni a la derecha ni a la izquierda. Qué genio, qué integridad debe haberse requerido para hacer frente a toda esa crítica, en medio de esa sociedad puramente patriarcal, para aferrarse sin retroceder, a las cosas que veían. Sólo Jane Austen lo hizo y Emily Brontë. Es otro mérito, quizá el mejor de cuantos tienen. Escribían como las mujeres escriben, no como los hombres. De los miles de mujeres que entonces escribían novelas, ellas solas despreciaron los consejos perpetuos del eterno pedagogo: escriban esto, piensen aquello. Sólo ellas fueron sordas a esa voz persistente, ya rezongona, ya protectora, ya tiránica, ya herida, ya escandalizada, ya enfurecida, ya paternal, esa voz que no puede dejar tranquilas a las mujeres, pero que tiene que perseguirlas como una institutriz meticulosa, exhortándolas, como Sir Egerton Brydges, a ser refinadas, metiendo hasta en la crítica de poesías crítica sexual; exhortándolas, si quieren ser buenas y ganar, supongo, algún premio brillante, a mantenerse dentro de los límites que el caballero en cuestión encuentra adecuados: — "... las mujeres novelistas deben sólo aspirar a descollar por el valiente conocimiento de las limitaciones de su sexo". Esas palabras compendian la situación, y cuando yo les diga que esta frase fué escrita no en Agosto de 1828 sino en Agosto de 1928, ustedes convendrán, me parece, que por más divertida que sea ahora para nosotros, representa una opinión generalizada — no voy a remover esos viejos charcos; tomo lo que el azar ha traído a mis pies — y era más vigorosa y más explícita hace cien años. Se hubiera

precisado una muchacha muy animosa en 1828 para desoir todos esos desaires, y reprimendas y promesas de recompensa. Era preciso ser bastante revolucionaria para decirse: ¡Ah! pero no van a comprar la literatura. La literatura debe estar abierta para todos. No le permito, por más Bedel que usted sea, echarme del césped. Cierren sus bibliotecas si quieren; pero no hay puertas, ni cerradura, ni cerrojo que cierre la libertad de mi espíritu.

Pero por más efecto que el desaliento y la censura tuvieran sobre sus obras — y creo que tenían un efecto muy grande — eso era menos importante que la otra dificultad que les enfrentaba (hablando de los novelistas de los principios del siglo diecinueve) cuando se pusieron a fijar en el papel sus pensamientos — la falta de una tradición, o una tradición tan breve y parcial que de muy poco les servía. Porque nosotros si somos mujeres pensamos a través de nuestras madres. Es inútil pedir ayuda a los grandes escritores, por más que uno les pida solaz. Lamb, Browne, Thackeray, Newman, Sterne, Dickens, De Quincey — quienquiera que sea — no han ayudado nunca a una mujer, aunque ésta puede haber aprendido de ellos algunas trampas, adoptándolas para su propio uso. El peso, el andar, el tranco del espíritu del hombre son demasiado diferentes al suyo para que ella pueda copiarles algo esencial. El mono imitativo de la famosa confesión de Stevenson está demasiado lejos para plagiar. Quizá el primer descubrimiento de esa mujer, al disponerse a escribir, fué que no había una construcción ya lista para ella. Todos los grandes novelistas como Thackeray y Dickens y Balzac han escrito una prosa natural, rápida pero no desaliñada, expresiva pero no rebuscada, tomando su propio matiz sin dejar de ser propiedad común. Partían de la frase que era corriente en esa época. La frase corriente a principios del siglo diecinueve era más o menos así: “La grandeza de sus obras era una razón, no para detenerse sino para adelantar. No encontraban mayor estímulo que el ejercicio

de su arte y producciones infinitas de belleza y verdad. El éxito estimula el esfuerzo, y la costumbre facilita el éxito". Esa es una frase de hombre; detrás uno puede entrever a Johnson, a Gibbon y a los demás. Es inservible para una mujer. Charlotte Brontë, con todos sus espléndidos dones para la prosa, tropezó y cayó con ese torpe instrumento en las manos. George Elliot hizo atrocidades inefables con él.

Jane Austen lo miró y se rió de él, e ideó una construcción perfectamente natural y moldeada, y de la que no se apartó. De esa manera, con menos genio literario que Charlotte Brontë, alcanzó a decir mucho más. Seguramente, desde que la libertad y plenitud de expresión son la esencia del arte, una carencia tal de tradición, una tal escasez de útiles adecuados, deben haber influído enormemente en lo que escribían las mujeres. Además un libro no se hace de frases colocadas una al lado de la otra, sino de frases construídas — si les parece servicial la metáfora — en forma de cúpulas o de arcadas. Y esa forma también ha sido hecha por hombres con sus propias necesidades para sus propios versos. No hay razón para pensar que la forma del drama épico o poético le conviene más a la mujer que la forma de la oración. Pero todas las formas más antiguas de la literatura estaban endurecidas y rígidas cuando ella comenzó a escribir. Sólo la novela era lo bastante joven para tener blandura en sus manos — otra razón, tal vez de que ella escribiera novelas. Pero ¿quién dirá si aun ahora "la novela" (pongo comillas para marcar lo inadecuado de la palabra), quien dirá si aun esta forma, la más dócil de todas, está justamente hecha para ella? Sin duda la veremos moldearla para sí cuando goce del libre uso de sus miembros; e inventar un nuevo vehículo, no verso necesariamente, para su poesía. Porque la poesía no encuentra cauces. Y me puse a pensar si una mujer de ahora escribiría una tragedia poética en cinco actos. ¿Usaría verso? — ¿no usaría mas bien prosa?

Pero esas son cuestiones difíciles que se vislumbran en la media luz del futuro. Debo dejarlas, aunque sólo sea porque me inducen a desviarme del tema en selvas intrincadas donde me perderé y acaso me devoren las fieras. No quiero, y estoy segura de que ustedes no quieren, que yo aborde un tema tan lúgubre: el porvenir de la novela. Sólo me detendré un instante, a señalarles el gran papel que ejercerán en ese porvenir las condiciones físicas, al menos en lo referente a mujeres. El libro debe en cierto modo adaptarse al cuerpo, y al azar uno afirmaría que los libros de mujeres deben ser más breves, más concentrados, que los de los hombres, y contruídos de modo que no precisen largas horas de trabajo tenaz e ininterrumpido. Porque las interrupciones no faltarán. Además, los nervios que alimentan el cerebro parecen diferir en los hombres y las mujeres, y si hay que hacerlos trabajar de manera que den su mayor rendimiento, debe encontrarse lo que más les conviene — si tantas horas de conferencias, sí, por ejemplo, les convienen esas horas de lectura que hace muchos siglos idearon los monjes — ¿qué alternativas de trabajo y reposo requieren, interpretando por reposo no el no hacer nada, sino el hacer algo distinto; y qué será ese algo distinto? Todo esto debe ser discutido y descubierto; todo esto es parte del problema: las mujeres y la novela. Y sin embargo, continué, acercándome de nuevo a la biblioteca ¿dónde encontrar ese minucioso estudio de la psicología de las mujeres por una mujer? Si en razón de incapacidad para el foot ball no van a permitir que las mujeres ejerzan la medicina...

Por fortuna, siguieron otro rumbo mis pensamientos.

VIRGINIA WOOLF

(concluirá)

LA REVOLUCION DEL ORDEN

M. Louis Ollivier, joven intelectual francés que se encuentra actualmente en Buenos Aires, ha tenido una actuación destacada en el grupo llamado del Nuevo Orden, uno de los núcleos de pensamiento y acción más importantes de la joven Europa. SUR se ha propuesto ofrecer a su público — no ya con el gesto tantas veces fácil de tomar un partido inmediato sino con el espíritu de escrupuloso examen y réplica que le parecen exigir primordialmente estas horas — las expresiones más sinceras y profundas de la inteligencia, la acción y la conciencia de la humanidad de nuestro tiempo. Consecuente con tal fin, se complace en dar hoy este boceto de una teoría de la acción.

La angustia que hay en nosotros ante las amenazas que hacen presión sobre nuestros destinos, innecesario es describirla. La sentimos en todos nuestros actos; la respiramos a nuestro alrededor; la descubrimos en los más lejanos rincones del campo como en las calles de las grandes ciudades.

Angustia de la impotencia. Nos sentimos arrastrados por una fatalidad ineluctable hacia el creciente yugo del Estado, hacia el régimen de cuartel, hacia la guerra. Vemos que el maquinismo no está produciendo sino el envilecimiento del hombre y la desocupación, la llaga más dolorosa de nuestra civilización.

Muchos saben hablar del desorden actual: poco les importa limitarse a dar testimonio de que existe. Muchos creen traer remedios

con soluciones que se dicen inmediatas, dentro de planes que no pueden curar el mal, porque sólo piensan en los efectos, no en las causas.

Hecho flagrante de nuestra época: el hombre no se atreve a afrontar su propia responsabilidad. Desarmado y paralizado, no sabe adónde volver la cara para salvarse de un cataclismo que él ha desencadenado pero que, como el aprendiz de brujo, no sabe ya impedir.

La prueba de esta impotencia y de esta renuncia la encontramos todos en la necesidad que siente el hombre de abandonarse a fuerzas exteriores para encontrar en ellas la salvación, salvación ya lista, a la medida, fabricada de antemano. No encuentra ya en sí mismo energía para afrontar su propio destino. No ve en torno suyo más que doctrinas contradictorias; las valoraciones morales le parecen casi imposibles. En el desorden actual, no se siente capaz de escoger y prefiere dejar a otros, a un Estado o a un Dictador, la tarea de juzgar, de pensar y de elegir por él.

Nunca, sin embargo, ha sido tan fácil como ahora adoptar la decisión necesaria. Porque si en el plano del conocimiento desinteresado no se encuentra un principio que unifique, todo, en cambio, se simplifica si comenzamos planteándonos el problema esencial: el del hombre, el de su destino.

Una de las señales de la huída del hombre ante su particular destino es el impulso que en nuestra época lleva a millares de nuestros contemporáneos hacia mitos colectivos.

Existe el hábito de considerar el Estado, la Nación, la Clase, la Raza como realidades autónomas, que poseyeran su destino propio, que cumplieran su evolución fatal fuera de nuestras vidas individuales.

Al separarlas de sí mismo, el hombre ha creado frente a sí fuer-

zas que ya no puede dominar. Para darles así una vida extraña a la suya, tenía que abandonar su propio yo para fundirlo en el destino de esas nuevas realidades, puesto que él mismo era el fundamento de ellas, puesto que era él quien las constituía.

Este abandono de la propia personalidad debía llevarlo a entregarse en cuerpo y alma a mitos colectivos; en cambio, esos mitos, privados de todo sentido humano, no podían menos que pesar sobre él y tiranizarlo.

El hombre no podrá libertarse de esos cultos inhumanos sino re-adiquiriendo el sentido de su dignidad propia. De otro modo, quiéralo o no, deberá inclinarse ante un Estado cada vez más totalitario, ante una Nación esterilizada de todo sentido humano, ante una Clase o una Raza que adquirirán significación monstruosa y tiránica. Habrá que inclinarse ante fantasmas, porque, como los fantasmas, los mitos colectivos no pueden tener otra existencia sino la que se les presta.

Que se haya creído explicar su existencia por medio de leyes históricas y científicas, prueba aún más claramente su abstracción y su irrealdad. En el curioso pasaje de sus *Consideraciones filosóficas*, donde opone el mundo abstracto de la ciencia a las creaciones de la vida. Bakunin ha escrito estas líneas: “La ciencia es la inmolación perpetua de la vida fugitiva, pasajera, pero real, sobre el altar de las abstracciones eternas. Como su naturaleza propia la obliga a no tomar en cuenta la existencia de Pedro y de Diego, no hay que permitirle nunca, ni a ella, ni a nadie que hable en su nombre, gobernar a Pedro ni a Diego”.

En efecto, las leyes científicas a quienes se les ha encomendado imponernos la realidad de los mitos colectivos no podrán nunca justificarse sino en la medida en que renunciemos a nuestro papel de hombres responsables.

Consideremos la Historia y la Sociología. La ley histórica descansa sobre el pasado y desdeña la realidad de lo irracional en el hombre. Pero no cabe olvidar que, junto al proverbio "El que ha bebido beberá", al cual puede asimilarse el principio de la ley histórica, existe la excepción, tranquilizadora para nuestra condición humana, del ebrio que deja de beber, aunque no fuese más que para declarar mentiroso el proverbio. De igual modo, las leyes sociológicas pretenden codificar la evolución de las masas como si ellas no estuviesen formadas por hombres, es decir, por elementos imprevisibles.

Cierto: no puede pensarse en destruir los destinos colectivos. Negarlos pura y simplemente, o desear su destrucción, es utopía. Existen, y probablemente tienen su razón de ser. Donde hay error, error fatal para la dignidad del hombre, es en haber hecho de ellos realidades autónomas y haberse sometido a ellos enteramente. Si han de existir, deben depender del hombre: sólo él puede darles sentido humano. Porque lo que no puede olvidarse es que la Sociedad debe estar compuesta de hombres reales, no de esquemas abstractos para historiadores o sociólogos, sino de hombres de carne y hueso, que reconocen su condición concreta pero conocen también su dignidad, su razón de ser personal.

"El hombre no es ni ángel ni bestia, y la desgracia es que quien pretende hacer de ángel se conduce como bestia", ha dicho Pascal. Hoy, el hombre quiere pensar como ángel y conducirse como bestia. Se ha separado el pensamiento y la acción, dejándole al espíritu el dominio de la abstracción y del ensueño. Este es uno de los pródromos del mal que padecemos y es el síntoma de una debilidad espiritual que favorece la disociación entre cuerpo y alma.

El mal se advierte en el pensamiento filosófico contemporáneo. Sólo una época decadente, que esteriliza al uno por medio del otro, puede ver existir paralelamente en su seno el lirismo puro y el idealismo puro, por un lado, y el pragmatismo puro y el científicismo, por otro lado. Sólo de esta separación pueden nacer tanto los dogmatismos malthusianos como las anarquías impotentes. Dandieu lo subraya claramente en su notable prefacio a la *Antología de los filósofos franceses contemporáneos*: “O el esfuerzo humano es uno, o gira sobre sí mismo. En la lucha a que el espíritu se ve empujado por la vida, la unidad afectiva de la persona contra el tiempo irreversible y contra el mundo caótico es la condición esencial de la eficacia filosófica”.

En nuestros días, el hombre ya no sabe honrar al espíritu. Parece olvidar que es éste quien lo anima y lo coordina. Movimiento, amor, violencia, creación, todos los actos de expansión y de conquista son emancipaciones directas. El espíritu reposa sobre el cuerpo como sobre todos los demás elementos de la persona humana, y todo lo que quiere limitarlo lo falsea y lo esteriliza.

Hoy el hombre trata de compensar con un practicismo tardío la abstracción siempre irreal que permite a sus pensamientos y a sus ensueños al separarlos de las cosas concretas. Así se pierde el nivel propiamente humano. Eso se ve con claridad en política: la acción, separada del espíritu, lleva a una concepción brutal que no conoce otra autoridad que la policía ni otra unidad que el Estado.

El pensamiento, separándose de lo concreto, no ha hecho más que debilitarse hasta la anemia y envilecerse en sueños malsanos. Pierde el amor al peligro. La libertad de pensamiento es entonces para el hombre la libertad del soñador impotente. Así, los intelectuales adquieren el hábito de tratar las cuestiones humanas sin interesarse en ellas y de vivir en la ignorancia de las necesidades prácticas.

Pero estamos en un momento en que el conflicto entre el hecho y el derecho, entre el hombre y la sociedad, es particularmente agudo. No cabe enamorarse de las evasiones sino, al contrario, de las aventuras reales. Para salvarnos hay que buscar al hombre perdido. Si la acción no puede ser pensada, y el pensamiento no ejerce acción eficaz, es que hay algún error fundamental sobre el hombre.

Por culpa de una evolución desastrosa, el hombre se ha reducido a no ser sino un esquema abstracto, un elemento anónimo, un fantasma. Los liberales han hecho de él el *homo oeconomicus*, los demócratas el *homo politicus*, los idealistas el *homo sapiens*. De hecho, el individuo, tal como lo definen los hombres de ciencia, los sociólogos o los políticos, es el hombre sin destino. Toda definición del hombre se hace con relación a la especie, al conjunto, a la colectividad. Eso quiere decir que, siendo parte, deberá someterse al todo; se verá, pues, fatalmente sacrificado a la Sociedad.

En reciente artículo publicado en SUR * sobre *Personalismo y marxismo*, Berdiaeff ha definido al individuo como una categoría naturalística, biológica y sociológica y a la persona como una categoría espiritual y religiosa. Pero el hombre real pertenece siempre al dominio espiritual; es allí donde toma su verdadera fuerza y su dignidad.

Mientras toda definición del individuo es necesariamente abstracta, porque no se ocupa del hombre total, del hombre en pie, del hombre en acto, sino del hombre esquematizado y disecado, la definición de la persona es la del hombre real, carne y espíritu, corazón e inteligencia.

* "SUR", núm. 13, octubre de 1935.

El hombre se encuentra siempre en relación de tensión con lo que no es él, con el mundo exterior, con la autoridad de las demás personas, con la Sociedad. No se vuelve persona sino en la medida en que se manifiesta de una manera que le es particular, en una tarea que le es propia y de la cual es responsable.

La verdadera vocación del hombre es su vocación creadora. Esta vocación puede tomar una forma modesta: la de casarse, la de perseverar en una tarea emprendida, la de rehusar componendas. Para cualquier otro, eso podría significar una aventura imposible, quizás mortal.

En todos los casos, la vocación es una misión que viene de fuera, que al principio es enteramente objetiva, pero que debemos apropiarnos. Porque al apropiársela es cuando el hombre descubre que su verdadero yo reside en el ejercicio de esa vocación. Si hay hombres que se declaran sin vocación, eso no puede explicarse sino como una especie de renuncia: la renuncia a examinarse a sí mismo y poner a prueba el propio valor.

Verdad que, como escribe Berdiaeff, la afirmación, la realización de la persona es dolor. Pero en ella es donde encuentra el hombre su libertad concreta. La persona no se afirma, pues, sino con actos, que son victorias contra todos sus enemigos. Esos actos forman la trama de nuestra vida cotidiana. Siempre que damos la espalda a la rutina, siempre que ponemos nuestro sello personal en lo que nos rodea, siempre que afrontamos riesgos con el fin de imponer nuestra personalidad, afirmamos nuestra autoridad contra el mundo.

La persona no es un estado sino una tensión, un conflicto que en apariencia viene a resolver, pero que en realidad viene a levantar a nivel superior de tensión esa entrega total del hombre que se llama acto y que se cumple en la creación. De la persona cabe decir, pues,

que es el hombre en su vocación, el hombre en acto, el hombre responsable que afronta peligros.

Frente a la Sociedad, la persona debe necesariamente prevalecer: es la primera, o no existe; el bien del conjunto no puede existir sino fundándose en el bien particular.

El retorno al hombre concreto, a la persona humana, implica, pues, una trasmutación radical y revolucionaria de los valores sociales.

Es en la persona, en efecto, donde se hallan la causa y el motor del progreso; en su necesidad de emancipación y de expansión total.

Aquí aparece la diferencia esencial entre la sociedad humana y toda sociedad animal, aunque fuere la más compleja, la de más alto grado de evolución. La sociedad animal es puramente gregaria: no vive y no se organiza sino para la especie; el individuo sólo vale en relación con el conjunto. En la sociedad humana es la persona quien prevalece. Para afirmar su personalidad, el hombre está en conflicto permanente con lo que lo rodea, en lucha constante contra un orden establecido por el conjunto.

La sociedad humana es ante todo an-árquica. No es que tienda a destruirse a sí misma, sino que se subordina a los intereses espirituales que la componen. Su carácter específico reside en la necesidad de conflicto que opone periódicamente al hombre con las instituciones sociales; porque es con sus propias instituciones sociales con quien tropieza a cada paso la sociedad an-árquica.

Dos realidades se enfrentan: el hombre y la Sociedad. Son inseparables; querer desunirlos sería romper lo que hay de más esencial y más vivo en la conciencia humana. Aunque está en relación de tensión con ella, el hombre no puede prescindir de la sociedad; así es que hay entre esas dos realidades un intercambio continuo de llamados

desesperados y de odio. En tiempos de crisis, la violencia es franca; en tiempos tranquilos, está larvada.

Y es cuando los marcos sociales, que deben ser medios, se convierten en amos o en tiranos, cuando el espíritu revolucionario se levanta contra la Sociedad que lo ha servido mal y lo ha traicionado.

Si en nuestros días la vida vacila y parece contradictoria, es que las condiciones de la sociedad, tanto económicas y políticas como psicológicas, están trastornadas por el fracaso de los principios mismos en que se apoyan.

Es radicalmente, en la base, donde hay que plantear el problema o todos los problemas.

Al tratar del personalismo, dice Denis de Rougemont en su interesante libro *Política de la persona*: “Si la América se sovieta a su vez, si los fascistas someten cada vez más la persona a la cultura nacional, y la cultura a la economía, y la economía al Estado, y así van a coincidir con el régimen ruso, si el mundo dentro de veinte años cae bajo el dominio de compañías de seguros del Estado, nuestra oportunidad *personalista* permanece intacta. O mejor: deja de ser una oportunidad para convertirse en la única oportunidad humana de lo humano”.

El momento no está para fórmulas de avestruz: Espera y verás (Wait and see); El tiempo trabaja por nosotros (Le temps travaille pour nous). Ya no hay nada que esperar de nuestra civilización actual; el tiempo no puede trabajar sino contra nosotros y a favor de la guerra y la crisis. Sólo una revolución personalista nos permitirá libertarnos.

Hay que creer en el hombre libre y responsable, consciente de su

destino, y así pedir instituciones al servicio del hombre y no instituciones que lo dominen y lo opriman.

Eso es lo que ha sentido una agrupación de hombres jóvenes en Francia. Sobre esta noción del hombre activo y creador se ha constituido el movimiento *El Orden Nuevo*. Fundándose en la persona, en el hombre comprometido en un conflicto concreto, esos jóvenes piensan y obran para crear un orden nuevo en que las instituciones estén “a altura de hombres”.

Nos apartamos de las formaciones políticas abstractas y conclusas; no aceptamos el conformismo estéril y ciego; ensayamos, en fin, preparar el cambio de plan que es necesario para salvarnos.

El Orden Nuevo no puede verse con indiferencia; su interés va más allá, con mucho, de las fronteras de Francia: su fundamento humano lo atestigua. Estos jóvenes franceses que bajo el impulso principal de Dandieu se han reunido en comunidad revolucionaria, en unión de hombres que tienen un mismo ideal y un mismo fin, vuelven a tratar los grandes problemas que nos asedian y buscan y crean la solución propiamente humana para cada cual.

Los límites de este artículo no permiten explicar en todos sus pormenores la doctrina y la acción de *El Orden Nuevo*. Digamos solamente que, frente al Estatismo, que en el dominio político y económico oprime al hombre en su vocación, *El Orden Nuevo* levanta el Federalismo. Rechaza la idea del Estado por encima del hombre, ya sea bajo forma comunista, en que la persona se pone al servicio de una colectividad monstruosa y abstracta, en que la condición inferior representa el nivel de vida común, ya sea bajo forma fascista, que subordina al organismo del Estado las libertades fundamentales de la persona, así como toda especie de creación espiritual. El Federalismo de *El Orden Nuevo* toma en cuenta, al contrario, las diversida-

des humanas, deja los impulsos y las iniciativas a los organismos locales, y no hace del Estado sino un órgano de trasmisión y de coordinación, sin iniciativa propia, es decir, un freno, un control y un equilibrador de los diversos movimientos dentro de la federación.

En el plano económico, *El Orden Nuevo* condena el capitalismo, creador de injusticias sociales, de guerras y de desocupación. Pero no tiende a una socialización a la manera rusa; al contrario, la propiedad es para él un derecho inatacable de la persona humana. Ataca principalmente los bancos y las sociedades anónimas, formas de opresión del hombre, que por medio de *trusts* y de *cartels* permiten todas las tiranías. A esas instituciones opone la empresa corporativa, que debe ser unión espontánea de hombres, y por lo tanto formada y dirigida por aquellos mismos que la componen, y unión local, es decir, limitada a la posibilidad de una participación efectiva.

El problema del trabajo, uno de los más importantes de nuestra época, es para *El Orden Nuevo* objeto de estudios profundos. La síntesis de ellos está contenida en el muy importante libro de Aron y Dandieu, *La revolución necesaria* ¹.

Uno de los puntos nuevos de estos estudios es lo que Aron y Dandieu llaman la función dicotómica, es decir, la función de separación y discriminación que encontramos, en todos los grados, dentro de todas las ciencias, de todas las técnicas, de todas las actividades humanas. Así se expresan: "Por un lado, el hombre aumenta sin cesar el poder de sus procedimientos de economía; por otro lado, desarrolla cada vez más ampliamente su capacidad de explosión, de desgaste y de inven-

¹ *La revolución necesaria*, de R. Aron y A. Dandieu (editor: Bernard Grasset). Este libro no solamente trae ideas nuevas: trae soluciones muy importantes. Modifica todas las ideas tradicionales sobre el trabajo, el maquinismo, el cambio y el crédito. Hay que insistir sobre la novedad de capítulos de doctrina como los que se titulan *Espíritu y revolución* y *Esbozo de una teoría general de la revolución*. Debe mencionarse, además, el libro que sirve de continuación al anterior: *Dictadura de la libertad*, de Aron, que acaba de publicarse.

ción gratuita. Por un lado, en la zona dominada desarrolla sus facultades casi burocráticas de organización y de racionalización; trata de dar mayor homogeneidad a todo lo que encuentra. Por otro lado, frente a la zona virgen, exalta sus facultades heroicas y opone, a la diversidad de los obstáculos, la elasticidad y la variedad de sus métodos de invención. Por un lado, organiza y racionaliza los hechos sociales; por otro, libera, para levantarlas contra el Estado racionalizado, las fuerzas mismas de agresión y de creación sobre las cuales está fundada la Sociedad”.

Esta función dicotómica distinguirá en el trabajo lo que está puramente mecanizado, lo que es cuantitativo y por lo tanto inhumano, de lo que es cualitativo y por lo tanto humano. Es imposible aceptar que un hombre dedique toda su vida únicamente al trabajo cuantitativo, como sucede con los proletarios. Pero como el trabajo cuantitativo es inevitable, y es consecuencia del progreso, es decir, de las invenciones, es necesario que esté a cargo, no de ciertos hombres, sino de toda la colectividad. *El Orden Nuevo* encara este problema con la creación de su Servicio Civil de Trabajo, semejante a una especie de Servicio Militar Obligatorio, con cuyo cumplimiento cada hombre quedará libre de todo trabajo envilecedor y tendrá ante sí la oportunidad de consagrarse a una actividad de responsabilidad y de iniciativa ¹.

La labor crítica de *El Orden Nuevo* puede estudiarse en su revista, que lleva como título el nombre de la agrupación y que está orientada esencialmente hacia la creación ².

¹ Ha habido muchas polémicas sobre la cuestión del Servicio Civil. Muchos argüían la imposibilidad de llevarlo a la práctica. Pero los trabajos de un grupo de ingenieros que lo han calculado y traducido en institución práctica prueban su posibilidad y han permitido, en julio de 1935, realizar experiencias prácticas en diversas industrias de Francia. Los resultados prueban la fecundidad sorprendente de esta idea, de origen puramente doctrinal.

² Se facilitarán ejemplares de esta revista a quien se dirija al autor de este artículo: Esmeralda 1366, Buenos Aires.

Según queda dicho, la necesidad de una revolución, de un cambio de plan, de un orden nuevo, no existe sólo para ciertos hombres o para ciertos pueblos. El peligro está en todas partes en el mundo, y la solución, en su base, es universal: es la persona humana.

El movimiento francés *El Orden Nuevo* ha coincidido así, fuera de las fronteras, en otras naciones, con movimientos similares en cuanto al fin que persiguen, en el deseo de hacer conscientes los problemas que se presentan hoy ante el hombre concreto, de carne y hueso. Así, leemos en una revista inglesa de escritores jóvenes, *Eleventh Hour* (7 de noviembre de 1934): “¡Basta de hipocresía! Digamos ya que una reconstrucción de la Gran Bretaña no se hará posible sino después de la radical destrucción de nuestro régimen ineficaz y abominable. Las tres cuartas partes de nuestras instituciones y nuestros mecanismos deben desaparecer... Gran transformación será necesaria para pasar de un mundo lleno de miedo y de incomprensión a un mundo nuevo donde el pensamiento y la acción recobren su claridad y su eficacia... Hay que salvar la dignidad humana”.

Así, la conciencia de este deber imperioso, de esta Revolución necesaria, se propaga a través de las fronteras. Para realizar un orden humano, es indispensable salirse de las autarquías y del cosmopolitismo, del imperialismo y de las Internacionales. Penetrando hasta el fundamento de cada problema, es decir, hasta el hombre, hay que encontrar la solución. Las modalidades locales y nacionales pueden diferir, y por eso ninguna solución puede ser universal en sus formas. Cada cual, “en su casa”, debe trabajar en favor de este orden humano.

Séame permitido, para terminar, evocar la gran figura de Arnaud Dandieu, cuyo pensamiento ocupa lugar preponderante en el movimiento personalista. Dandieu ha sido arrebatado bruscamente a la

vida, en plena juventud, pero la muerte no pone fin ni a su pensamiento ni a su acción: el uno y la otra perduran en el movimiento *El Orden Nuevo*.

No hallaríamos mejores palabras, para terminar este artículo, que las de su último mensaje, las palabras conmovedoras que escribió días antes de su muerte y que sirven de final a *La revolución necesaria*:

“Europa se entumece en una agonía que ni siquiera es grandiosa. A pesar del prejuicio romántico, no hay belleza en la decadencia, ni en la muerte.

“Lo que tiene belleza es la lucha contra la muerte. Lo que es grandioso es la victoria del hombre.

“A lo largo de las costas del Mediterráneo y del Mar del Norte, remontando el Danubio o el Rin, avanza el antiguo enemigo del hombre. Se le llamará Estado, materialismo, racismo o tiranía; pero su esencia es más profunda: no tiene nombre en ninguna lengua; desde luego, no lo tiene en francés.

“No es culpa nuestra si Francia es, hoy como ayer, la última esclusa. No es culpa nuestra si el país de los pequeños rentistas y del Tratado de Versalles es, sin embargo, el último refugio de los hombres libres. No es culpa nuestra si para salvar al Occidente y a Europa debamos apoyarnos hoy sobre Francia.

“No se trata de defender una ciudad o una idea. No se trata de defensa. Sino de elección, de afirmación, de creación, de revolución.

“Estamos en la tierra decisiva. La hora ha llegado. Vamos”.

LOUIS OLLIVIER

NOTAS

“EL BUQUE”

Entre los atractivos de *El buque*, de Francisco Luis Bernárdez, hay novedades que son, como tantas veces, retornos: el retorno al poema, después de cien años en que el poema extenso vino haciéndose raro y la poesía vino reduciéndose a miniatura (“There is no such thing as a long poem”); el retorno a la lira, la estrofa que tuvo sus comienzos castellanos en Garcilaso y que con Fray Luis de León y San Juan de la Cruz se hurtó a la poesía cortesana para entregarse a la meditación y al éxtasis, pero que en tiempos recientes se había petrificado en odas académicas; el retorno a la expresión clara, después de tanto tiempo de expresión críptica, fruto del concebir complejo; el retorno al camino interior, al tema espiritual, después de veinte años que presidió tiránica la poesía de imágenes, la poesía para los ojos. Todo, con maestría, hasta en la ruptura de las convenciones formales, como en el uso de rimas agudas, a la manera de Garcilaso y Boscán, y la deliberada llaneza de pasajes que al desprevenido le parecerán de prosaísmo inexplicable.

Otra novedad: el tema de la gracia, el descenso de la gracia al espíritu. Había sido tema de los maestros de la mística enseñarnos el camino de la gracia; pero no de los poetas contarnos su llegada. La gracia llega, flotando en los aires como buque con velas, “movido por su propia melodía”. La melodía, aun más que el velero, es asunto del poema: música, pitagóricamente concebida como fuerza que sostiene y que impulsa, como construcción y como movimiento. El “sonido sagrado con que este eterno templo es sustentado” es aquí la “canción iluminada” que mueve y gobierna la nave de la gracia; es más, es sonido “que da la vida”.

El poeta ha querido contarnos su revelación en fácil alegoría. Su nuevo camino espiritual es de simplificación y purificación. Siente la gracia como melodía y claridad, y este sentimiento hace luminosa y serena su poesía. Hasta las palabras llevan aquietador susurro:

...La soledad, esposa
del silencio, gobierna toda cosa.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

BACH Y LA MUSICA DE HOY

Es para creer que jamás aniversario alguno haya aparecido más oportunamente que el de Juan Sebastián Bach, aniversario que transcurre en plena resurrección y florecimiento de sus enseñanzas, a dos siglos y medio de producidas. Llega justamente el acontecimiento que celebra el mundo musical, en momentos en que la música contemporánea toma el "retour a Bach" como recurso supremo de concreción, orden y medida, y, más que todo ello, de abstracción, luego de haber rebalsado el nivel de las posibilidades actuales en cuanto a sugestión extramusical, sensualismo hiperestesiado, megalomaniaca presunción y exceso de literatura.

Sin embargo, y a pesar de la coincidencia y de la oportunidad, el aniversario de Bach no ha tenido la resonancia inmensa del centenario de Beethoven, por ejemplo. No ha tentado a los glosadores que buscan en la obra de este último una intención dramática, religiosa, filosófica y hasta social en cada acorde de los escritos por el máximo sinfonista. Pero es una cuestión de táctica. ¿Qué decir de Bach, cuya música carece de asideros sentimentales, así como su vida misma, tan

pobre en actitudes y en acontecimientos exteriores, y sólo consagrada al trabajo silencioso y muchas veces ignorado?

Carece Bach, en su vida y en su obra, del aspecto anecdótico, literario, pintoresco, que ha hecho más populares que a él a otros grandes músicos, más apreciados en rigor por la aureola de gloria o de dolor que haya ungido sus vidas que por su propia obra, entrevista, las más de las veces, a través de ese miraje y acomodadas a la sensibilidad del oyente luego de ese "a priori" extramusical.

Afortunadamente, como observa con mucho juicio Malipiero, las alternativas íntimas de la vida de Bach son poco conocidas, y de ese modo estorban poco a la comprensión de su música; de manera que ha sido imposible aplicarle a cada una de sus obras la etiqueta sentimental correspondiente, con fechas, circunstancias especiales y modo de producción, a modo de cédula de identidad bajo cuya garantía se obtuviera el derecho de comprender y de emocionarse; como en el caso de las obras de Beethoven, ponemos por caso, casi siempre oídas y apreciadas a través de las piadosas exégesis de los comentaristas.

Prescindiendo de la sistematización a base de datos históricos de estos últimos, y del tecnicismo en frío de los músicos profesionales, que casi nunca pasan del análisis puramente escolástico de las obras, nos referiremos a algunas consideraciones de orden general que nos interesan particularmente, y que justifican el título que antepusiéramos a estas líneas: Bach y la música de hoy.

En el momento actual del arte, en que la pintura desecha el sujeto, la poesía destierra los discursos, la música elimina la expresión y se transforma (se retransforma) en "arte objetivo", y en que cada artista pretende la conquista de lo absoluto dentro de los límites de su arte y hace que su obra lleve, en lo posible, su propia finalidad, (pintura pura, música pura, poesía pura), Bach, que lleva en sí una necesidad de abstracción unida a la lógica más rigurosa, aparece como el máximo inspirador de las teorías y prácticas de la música de hoy; por lo menos, de la música-cumbre de hoy: Schönberg y su escuela, el Strawinsky de post-guerra, Hindemith, Casella y el Falla actual.

El primero y más importante acuerdo entre Bach y la música de ahora es su concepción pura del arte; el segundo es que, de acuerdo a ello, uno y otra consideran el "motivo" en sí como un medio y no como una finalidad de expresión, en el sentido que el Romanticismo confería al vocablo. Basta leer o escuchar "La Pasión según San Mateo", la "Hohe Messe" en si menor, las "Cantatas", el

“Magnificat”, para sentirnos a mil leguas de ese sentido expresivo, y, por supuesto, a mayor distancia aún del postulado wagneriano “la música sierva del drama”. Nosotros, quiéramos o no, hemos heredado el concepto romántico del arte como escape pasional, que originó el caos en los estilos y en las características fundamentales de cada arte, haciendo que la música fuera pintura o filosofía, la poesía música y la pintura literatura. (Debussy, que muchas veces se cita como reacción contra el romanticismo, lo es sólo en su aspecto externo, pues en él languidecen más de una de las características de toda una época venida a menos). Y pertrechados con ese bagaje sentimental, acusamos de “impersonal”, “cerebral”, a la música de hoy (Schönberg, Hindemith, Berg, Pisk), que sólo pretende ser música y que es infinitamente menos compleja que la del siglo diecinueve, más límpida de intención y mucho más directa en sus resultados.

Volviendo a Bach e insistiendo en que sólo tomaba un motivo como simple pretexto para la creación musical, veamos, por ejemplo, “La Pasión según San Mateo”. En los instantes más dramáticos del texto, de los que Beethoven hubiera sacado gran partido para su ideal de expresión dramático-realista, Juan Sebastián se mantiene contemplativo, y sus cantinelas casi pastoriles, no alternan la serenidad de que está impregnada la obra, no ajena, las más de las veces, al sentimiento italiano de la época. Y en la “Hohe Messe” en si menor, que es de esencia dinámica y escritura en general contrapuntística, al revés de “La Pasión”, que es de característica estática y de escritura harmónica, la música jamás pierde su estilo por más que el texto podría exigirle bastantes concesiones, ni emplea recursos que en ningún momento desdigan la finalidad abstracta del autor.

Otro aspecto que hermana a Bach con la música actual es la subordinación de los medios a la más estricta necesidad. El dominio de Bach sobre los elementos que emplea, infalible como el de Leonardo o de Goethe, está siempre supeditado a un mínimo de esfuerzo que es la esencia del arte clásico. ¿Por qué no citar, a este respecto, el “Pierrot lunaire”, de Schönberg, o el “Oedipus Rex”, de Strawinsky? Nos hallamos, con Bach y con la música más avanzada de hoy en los antípodas de la “anarquía de los átomos”, característica creciente de la música del siglo pasado, de Beethoven a Strauss y a Debussy, y que Nietzsche, con su vista de águila descubrió tras la engañifa del gran estilo cultivado por los músicos de su tiempo.

Así, Bach, por el rigor clásico que determina la trayectoria de su obra, es un problema actual. (La vuelta de Strawinsky a Bach se asemeja al retorno a Ingres de Picasso: el abandono del volumen y el color — “Petrouchka”, el “Sa-cre”, — por la línea y el sonido — “Octeto”, “Concerto” y “Capricho”: “Sinfonía de los Psalmos”). Y a través de sus “Cantatas”, sus “Misas”, sus “Pasiones”, su “Arte de la fuga” y sus “fantasías” para órgano, aparece como el grande inspirador musical de nuestra época, de Strawinsky a Schönberg.

Le retour a Bach no es pues, una mera postura estética más o menos antojadiza, como todavía creen algunos espíritus pueriles y folklóricos: es, simplemente, una necesidad de época. Este fenómeno estético se ha venido preparando paulatinamente hasta imponerse en definitiva, y reconoce como “pionners” del movimiento a Mendelssohn, a Schumann mismo. Luego, la desconcertante aparición de “Los Maestros Cantores de Nüremberg”, la reacción brahmsiana, quizás de más valor (histórico y circunstancial que efectivo), el ingenuo “ritorniamo al’antico e sará un progresso”, de Verdi, y por último las grandes obras de Max Reger, ya completamente desprovistas de contenido ideológico, literario o sencillamente pintoresco, marcan las etapas sucesivas de *le retour a Bach*, y enuncian, cada vez con más apremio, el deseo de concreción, de limitación de los medios, de depuración en las intenciones; de evitar la complejidad a base de elementos extramusicales de un arte que desde la revelación humanista de Beethoven, (quizás la más tremenda revolución estética que conozcamos) tendía cada vez más a alejarse de lo general para entrar en lo particular, en la anécdota y la autobiografía, en el ampuloso individualismo romántico y a la postre en el narcisismo debussysta.

El anunciado retorno, que reaccionaba contra todos los excesos, y que fué detenido momentáneamente por el impresionismo sonoro y sus derivados, tuvo que aguardar aún treinta años para verse plasmado en un espíritu nuevo. Strawinsky pareció ser el predestinado a realizar el milagro, y en el “Octeto” (1923) la “Sonata” (1924) y el “Concerto” (1925) parece realizarlo plenamente.

El Romanticismo languidecía en las últimas obras sinfónicas de Strauss y de Schreker; el impresionismo sonoro había muerto con su creador; Strawinsky, que siempre había sido extraño a esas tendencias, y que a su vez se encontraba sin salida después del sacudón cósmico de “Le sacre”, en su deliberado empeño de des-sensibilizar la música se vuelve de cara al “jazz”, y partiendo de ese aspecto

netamente antirromántico salta por sobre el siglo XIX, a cuya sensibilidad es completamente ajeno, y se postra ante la obra inmutable y eterna de Juan Sebastián.

No podía ser de otro modo. Su nacionalismo, pintoresco en “L’oiseau de feu” y en “Petrouchka”, substancial en “Le sacre” y en “Noces” era tan característico en su manifestación que insistir en él hubiera sido doblemente redundante.

Y Bach, con su escritura lineal, que brota con la continuidad de un manantial, su sentido rigurosamente tonal, su rotunda oposición de claro-oscuro, su rítmica implacable como un cataclismo de la naturaleza, su rudeza de verbo y de instrumental, reunía en sí todas las cualidades positivas, que son la negación de todos los resortes y recursos del arte romántico e impresionista, para un resurgimiento lógico y necesario.

Dicho retorno no se limitó al caso Strawinsky, que de ese modo hubiera sido un fenómeno puramente particular y no una necesidad de época, como sostenemos. El hecho fué que los más avisados, comprendiendo la buena nueva, entendieron también que limitarse a añorar el pasado (como Debussy, como Ravel, como Poulenc a veces), no era vivificarlo con nuevos impulsos, y haciendo un llamado cada cual a lo suyo, y convenientemente pertrechados todos y ya de vuelta del “colorismo” y otras cosas bonitas o triviales, emprendieron sus respectivas rutas bajo el signo del dios-Bach.

Es asunto sabido eso de que a los movimientos artísticos hay que juzgarlos por lo que producen en obras más que en teorías; y a este respecto no podemos estar sino con el *retour a Bach*. A él debemos, aparte la última evolución de Strawinsky, el reverdecimiento de un Falla, visiblemente marchito en sus *ballets* untados de rusismo y revestidos de ravelismo. Debemos también a Bach el avance definitivo de Hindemith y su escuela, con su feliz aplicación de la politonalidad, descubierta asimismo en Bach. Además, la revelación schönberiana, con su pantonalidad aplicada a las partes reales y a un sistema cíclico tan ceñido en su afán de unidad, (en el “Quinteto” para instrumentos a viento o en las “Variaciones”, para orquesta), que podría ser parangonado al empleado por Juan Sebastián en “El arte de la fuga”, de donde procede. Y luego Casella, Paul Pisk, Halffter, y entre nosotros José María Castro, más alejados del movimiento “per

se'', pero respondiendo a él desde el punto de vista de la alusión, no desprovista de ironía, las más de las veces.

Ahora, si se nos emplazara a responder cuál de las corrientes dominantes de la música contemporánea, tributarias de Bach — Strawinsky, Schönberg — llevara en sí más probabilidades de renovación, más posibilidades de ampliar el horizonte de la música, nuestra respuesta se definiría sin vacilar por Schönberg, por haberse colocado éste, con su *técnica de los doce tonos* ante posibilidades desconocidas hasta hoy. De los dos *retornos*, éste es el más fecundo. El de Strawinsky, en cambio, con su deliberado propósito de rehacer la Historia de la Música, en una voluntaria trayectoria a través de distintas épocas y estilos, se asemeja a algo en vías de asentarse definitivamente en alguna solución que ni el mismo autor parecería entrever. Pero que a pesar de ello ha brindado uno de los espectáculos más curiosos e interesantes que la Historia del Arte pueda proporcionarnos.

Dejando para otra oportunidad ese aspecto de la cuestión y concretándonos al tema que nos habíamos propuesto, consideramos innegable que a dos siglos y medio de nosotros, Bach renueva la savia musical de nuestra época. Hace resurgir el diatonismo, enriquecido por la politonalidad, el culto de las formas estrictas, el concepto musical puro; hace tomar la revancha a la escritura horizontal sobre el verticalismo de los últimos tiempos, concediendo al contrapunto un lugar de privilegio, y haciendo que esta postura estética origine el resurgimiento de las formas fugadas, del canon, la invención, la polimelodía, la *tocatta*, la *passacaglia* y la *suite*.

JUAN CARLOS PAZ

INFLUENCIA DEL MODO EN LA COMPOSICION MUSICAL

“Sistema” es nada más que el “temperamento” adoptado y divisiones logradas en él.

Por lo tanto, “enarmónico” no es “género” sino sistema.

Los “géneros” son divisiones dentro de un sistema: el “diatónico” y el “cromático” pertenecen a nuestro sistema atemperado.

Las relaciones entre los grados en que dividimos la 8ª en el diatónico, establecen los “modos”.

El mantenimiento del modo exige diferente número de alteraciones según sobre la nota en que comience.

De ahí la “tonalidad”.

Es frecuente llamar tono a la tonalidad; burdo error que también se comete en nuestro Conservatorio Nacional.

El tono solo es la distancia formada por los extremos que comprende un semitono diatónico y uno cromático, o al revés, pero dirigido en igual sentido y comenzando uno sobre la nota en que el otro termina. En nuestro diatónico se obtienen muchas combinaciones que se caracterizan como verdaderos modos.

Los eclesiásticos derivaron de los griegos, aunque aplicando erróneamente las denominaciones. El pentatónico o pentafónico, el exacordal, el árabe, el mayor, el menor son modos.

El sentimiento modal supone una educación “ad hoc” y de ahí la resistencia a las innovaciones.

Antes y durante la estabilización lograda por la obra portentosa de los clásicos, los principios modales y tonales que contribuyeron a integrar su concepto de la forma, eran imprescindibles.

Ahora podemos aprovechar la lógica constructiva del pasado, aceptando la riqueza que nos proporciona el uso de otros modos.

Debussy, Scriabine, Saminsky, Schönberg, y otros nos lo demuestran.

La revolución que de ello resulta es menos violenta de lo que parece y requiere una de estas dos condiciones en el oyente: carencia de educación modal

clásica o, aún con ella, conveniente ilustración y criterio para discernir los valores artísticos de una obra construída sobre otros "modos".

Por de pronto, no podemos desconocer que la disposición de los grados que constituye el modo varía según las razas y las épocas, sin implicar ventaja o desventaja para la creación musical. Nuestra educación sobre la base del mayor y el menor no nos impide gustar indistintamente la belleza del pentatónico, el exacordal, el frigio o el lidio.

En cambio es impropia e irreverente la armonización al uso; cuando se tratan los modos gregorianos... y cuenta con la indulgencia plenaria de los que llevan el mamotreto bajo el brazo hasta cuando se acuestan a dormir. Así como no es razonable armonizar con las reglas corrientes las melodías incaicas... pero la mezcla es practicada por los que pretenden hacer nacionalismo con tan malhadada estética.

El sentido horizontal debe originar las combinaciones verticales, a trueque de caer en las anomalías que origina el abandono de esta norma, justamente respetada por los clásicos.

Un nuevo modo implica una nueva armonía. Por eso en el dodecafónico desaparecen las prevenciones armónicas del siglo pasado.

A su vez, cada modo aconseja un tratamiento propio. De ahí la sana razón de la serie schönberguiana.

Las seductoras y múltiples aristas de este asunto necesitan muy amplio espacio para tratarlas a fondo.

Apuntemos solamente la influencia del modo en el carácter, con un ejemplo: en movimientos de Vals, Mazurka u otro, Chopin es triste en el menor, pero en el mayor es robusto, enérgico o brillante.

Respecto de la armonía es bueno analizar el material armónico utilizado por él en el estudio en teclas negras, que es una composición en pentafónico. Si extendemos la observación a todos los buenos autores, encontramos esa influencia del modo en melodía, armonía y carácter.

Es verdad que nuestra educación nos hará sentir como derivaciones del diatónico y cromático los nuevos modos que quisiéramos idear, pero también es cierto que se puede eludir el sentido neto de mayor y menor.

Si el modo que inventemos para una composición contiene más de siete gra-

dos en la 8ª, será una combinación del diatónico y el cromático, pero sin ser el uno o el otro.

De los elementos que formen este modo se extraen los resultantes armónicos, pudiendo cobrar acabada propiedad el todo.

Según los grados son las tonalidades.

La naturalidad en la concepción nada tiene que hacer con el procedimiento: algunas personas jamás alcanzan soltura en el diatónico y no faltará quien pueda utilizar ágilmente los medios que se le ocurran lógicos y estime indispensables para lo que tiene que decir.

A los que crean que se puede hacer arte de verdad con estas incursiones, se les puede invitar a que se construyan una serie que no coincida con los modos conocidos, vean las armonías que provoca, hagan el cuadro de las tonalidades, compongan algo dentro de esas restricciones y luego se vuelvan a pensar en la "falsa relación", el "trítono", 8as. y 5as. ocultas, sensible que va a la 8ª, etc. Veremos si no les parecerá miserable la condición de los que se encasillan en las procustales cerebraciones con que desean enseñar a componer a la luz de esos medios, con los que no aciertan a componer ellos mismos.

H. SICCARDI

INDICE

	<u>Pág.</u>
Notas actuales sobre la "Sociologia Generale" de Paretto, por <i>Aldous Huxley</i>	7
Los gracos o el advenimiento de la plutocracia romana, por <i>Ernesto Palacio</i>	23
Un cuarto propio (Capítulo IV), por <i>Virginia Woolf</i> ..	41
La revolución del orden, por <i>Louis Ollivier</i>	62

NOTAS

"El Buque", por <i>Pedro Henríquez Ureña</i>	76
Bach y la música de hoy, por <i>Juan Carlos Paz</i>	77
Influencia del modo en la composición musical, por <i>H. Siccardi</i>	83

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

ESTE DECIMOSEPTIMO NUMERO DE SUR SE ACABO
DE IMPRIMIR EN FEBRERO DE 1936, EN
LOS TALLERES GRAFICOS DE LA
IMPRESA LOPEZ, PERU 666,
BUENOS AIRES

